

**¡AY, PATRIA MÍA!**  
**(Últimas palabras del gran Manuel Belgrano**  
**poco antes de morir el 20 de junio de 1820)**

**(Escrito a fines de 2017)**

*Anécdotas de un viaje al Sur argentino*

En octubre de 2003 hice un viaje de turismo a El Calafate y Ushuaia. En ambas ciudades había muchos turistas extranjeros; la mayoría, españoles. Llegué una tarde a El Calafate, donde me hospedé en una pequeña hostería, algo alejada del centro, atendida solamente por un encargado y una empleada doméstica.

El encargado -he olvidado su nombre, así que lo llamaré Ricardo (su cara sí la recuerdo, y tenía cara de llamarse Ricardo)- era un hombre de unos cuarenta años de edad (yo tenía cincuenta y cuatro), simpático y hablador. Enseguida entramos en confianza, y conversamos animadamente, sentados en una de las mesas de un pequeño restaurante que había en la hostería.

Pero, además de simpático y hablador, Ricardo era algo desganado (y, como se verá más adelante, bastante irresponsable). Además, se quejaba mucho de todo, se sentía agobiado por problemas varios (económicos, con su exmujer, etcétera; era el caso típico de los que huían de Buenos Aires y se refugiaban en el Sur para escapar de sus quilombos) y estaba profundamente descontento con su trabajo y con el país. Respecto de esto último, me comentó que planeaba irse a vivir a México, porque no aguantaba más a los argentinos.

La misma tarde de mi llegada le pregunté a Ricardo si esa noche podía cenar allí; me respondió que sí, y que él mismo iba a cocinar. Consecuentemente, esa noche comí en el restaurante de la hostería. Cuando ya estaba tomando el café, apareció un joven español, con quien me puse a charlar. Era oriundo de Palencia, y estaba con su también joven mujer, que en ese momento estaba durmiendo.

Al día siguiente, tanto la pareja de españoles como yo nos levantamos muy temprano, porque nuestros distintos “operadores turísticos” nos iban a pasar a buscar a las ocho de la mañana para hacer la excursión al Glaciar Perito Moreno. No bien salí de mi habitación, Ricardo me espetó lo siguiente: *Che, esta noche mejor*

*andá a cenar al centro, porque hoy no voy a cocinar.* Lo mismo le comunicó al muchacho de Palencia y a su mujer, que, lógicamente, se asombraron y disgustaron ante semejante actitud.

Pocos minutos después apareció la gente de la agencia que me correspondía, y partí con ellos al Glaciar, donde, algunas horas más tarde, me encontré con los españoles. Me dijeron que estaban muy “enfadados” y molestos; me contaron que habían tenido que ir hasta allí en remís porque la empresa turística que debía haber ido a buscarlos a la hostería no lo había hecho, y que lo mismo les había ocurrido anteriormente en Península Valdés. El joven español me agregó algo terrible: *Ni en Marruecos pasan estas cosas.* Experimenté entonces, como argentino, una profunda bronca y una no menos profunda vergüenza por el comportamiento de mis compatriotas.

Me despedí de los españoles y, con esos sentimientos a cuestas, me encaminé a un barcito que estaba en la zona aledaña al Glaciar para comer algo. Allí había que requerir lo que se iba a consumir en la caja, atendida por una señorita que tomaba el pedido y lo cobraba. Yo me ubiqué en la fila de gente que había ante la caja, detrás de dos señoras mayores, también españolas, quienes, luego de efectuar su pedido, le preguntaron a la chica si podían pagar en dólares; la joven les respondió que sí, e, inmediatamente, comenzó a calcular el precio en dólares de lo que le habían solicitado las españolas, para lo cual fijó el precio del dólar en \$ 2,70, pese a que ese día el tipo comprador era de \$ 2,82. Ante esta palmaria deshonestidad, le inquirí por qué estafaba así a la gente; me contestó, indignada -repito: ¡indignada!-, que no le hablara así, y que ella era sólo una empleada.

Al día siguiente emprendí otra excursión, consistente en un viaje en catamarán por el Lago Argentino a los otros glaciares, el Upsala, el Onelli y el Spegazzini. Fue una larga jornada: Me pasaron a buscar a las 7:30 h y me dejaron de nuevo en la hostería a las 19:30 h. El paseo incluía un almuerzo en la Bahía Onelli, donde no fue posible desembarcar porque unos témpanos obstruían el amarradero. Habida cuenta de la gran cantidad de bloques de hielo que flotaban en el lago, era una situación perfectamente previsible. El catamarán tenía un bar, pero en él sólo había bebidas y tortas. Ergo, no hubo almuerzo. Para colmo, viajaba un grupo de turistas, también españoles, que sufrieron un perjuicio adicional, porque habían pagado el almuerzo de antemano. Con toda razón, esa gente hizo un escándalo, y nuevamente

tuve que escuchar lo que pensaban de los argentinos (nada bueno, por supuesto). Al igual que en el episodio del bar, no había a quién quejarse, nadie era responsable, todos eran empleados.

Terminada mi estadía en El Calafate, viajé a Ushuaia, donde me alojé en un hotel que, vaya uno a saber por qué razón, estaba manejado en total soledad por un muchacho muy joven, absolutamente inidóneo para el trabajo que debía cumplir y, por decirlo suavemente, poco avisado. En mi primer día de estadía, le pregunté si tenían lavadero; me contestó que sí, y le di ropa para lavar; le pregunté cuándo estaría lista, y me respondió que al día siguiente. Al día siguiente, le pedí mi ropa; me dijo que la chica encargada de lavarla se había retrasado, pero que al día siguiente la tendría. Ese día volví a reclamarle mi ropa (siempre había que interrogarlo, él nunca tenía iniciativa alguna), y, medio en serio, medio en broma, le pregunté si no me la habrían perdido, a lo que me dijo *Creo que no, supongo que no*. Finalmente, la ropa apareció, menos un par de medias, cuyo rescate me insumió otro día más de “trámite”.

### *Lo peor que tenemos es el pueblo*

Las anécdotas que acabo de contar son sólo botones de muestra del problema de fondo que aqueja a la Argentina, que es... su gente. Me explayaré sobre este asunto.

Un país es, básicamente, un territorio y una población. Los argentinos hemos sido muy afortunados con el territorio que nos tocó en suerte: Es enorme, bellissimo y pródigo en recursos naturales de todo tipo (una inmensa llanura fértil, una extensa costa sobre el mar, grandes ríos, minas, caídas de agua, petróleo, gas, bosques, paraísos naturales, etcétera).

Pero, territorio al margen, estoy convencido de que la calidad de un país depende de la calidad de su gente; y la calidad de nuestra gente es muy baja. Al revés de lo que afirmaba el general Juan Domingo Perón, lo peor que tenemos es el pueblo (entendido como sociedad o población). Por cierto, esto no es de ahora; esto es así desde nuestros orígenes. Ya lo dijo el insigne Manuel Belgrano: *Somos hijos de españoles, y no mejores que ellos*. Ya lo dijo el bravo almirante Guillermo Brown: *Este es un gran país, lástima que en él haya tantos bellacos*.

Un viejo chiste cuenta que cuando Dios repartió la tierra entre los países, le concedió al nuestro el territorio que tenemos, lo que motivó la lógica queja de otras naciones por ese arbitrario privilegio. Ante este justo planteo, Dios argumentó: *No se preocupen, lo llenaré de argentinos.* (O sea, que nos dieron una Ferrari, y la chocamos en la primera esquina).

¿Por qué digo que lo peor que tenemos es el pueblo? Por una larga lista de razones que paso a exponer a partir de ahora.

Por empezar, en nuestro país la mayoría de la gente no hace bien su trabajo (como muy bien lo ejemplifica mi anecdotario sureño). Es el país de *Lo atamo' con alambre*, como lo sintetizó Ignacio Copani. Yo opino (y hago lo que predico) que todo trabajador tiene la obligación, jurídica y ética, de buscar la excelencia en su tarea, sea cual fuere ésta (como lo hacía el mayordomo personificado por el genial Anthony Hopkins en la inolvidable película *Lo que queda del día*).

También pienso que el perfeccionismo en el trabajo (o en lo que sea) no es un defecto, sino una virtud (y aquí cabe otra vez el ejemplo de aquel mayordomo); y que quien, siendo asalariado, por desidia, negligencia y desinterés, no hace bien su trabajo, comete una falta moral, porque está hurtando su sueldo (algo sumamente común en el empleo público, y lo digo con conocimiento de causa). Por eso admiro y respeto más a un lustrabotas que hace bien su trabajo que a un presidente que no lo hace, porque, en tal caso, considero que el lustrabotas es mejor persona que el presidente. Asimismo, comparto plenamente esta frase del gran escritor ruso León Tolstoi: *Mejor que hacer lo que se quiere es querer lo que se hace.* Y mejor aún, agrego yo, es tener pasión por lo que se hace (otra vez: como el mayordomo de *Lo que queda del día*).

Pero, como dije, la mayoría de los argentinos no hace bien su trabajo. Y ello es así porque en nuestra población hay un porcentaje demasiado alto de vagos, de mediocres, de ineptos, de improvisados, de incumplidores de sus obligaciones (todos reclaman por sus derechos, pero se olvidan de sus deberes), de *chantas*, de negligentes, de irresponsables, de ineficientes y de indolentes.

Y no sólo por eso sostengo que lo peor que tenemos es el pueblo. También, porque en nuestra sociedad hay demasiados delincuentes, demasiados malvados, demasiados corruptos y demasiados violentos. Y, además, demasiados ventajeros, demasiados vivillos (la famosa "viveza criolla"), demasiados sinvergüenzas, dema-

siados inescrupulosos y demasiados deshonestos; la estafa a las turistas españolas en la zona del Glaciar Perito Moreno es una buena prueba de ello. ¿Se necesita otra? Pues, aquí va. En el ejemplar del diario *Clarín* del 31 de mayo de 2017, el periodista Alberto Amato escribió lo siguiente:

*... en Mar del Plata, Catalina encontró en la calle ochenta y cuatro mil pesos, rastreó a la dueña por Facebook y se los devolvió. Una auténtica heroína. A Catalina le escribieron ciento cinco personas para jurarle que ellos eran los verdaderos dueños del dinero hallado. Ciento cinco farsantes son muchos en una muestra común de honradez ciudadana. ¿Con qué cara exigimos honestidad a quienes nos gobiernan, si no somos capaces de cultivar un poquito de decencia a la vuelta de la esquina?*

De otro lado, no es casualidad que los argentinos seamos detestados, y con razón, en casi toda Latinoamérica, por arrogantes, maleducados y tramposos. Basta ver cómo se comportan los turistas de estas latitudes en el exterior del país, particularmente en los aeropuertos (donde no paran de hacer papelones y de crear problemas, lo que a mí me genera vergüenza... propia), para justificar el mal concepto que tienen de nosotros.

Es cierto que todavía hay personas buenas, responsables, que hacen bien su trabajo, capaces y honradas; pero me parece que son -somos- minoría; o, en todo caso, hacemos mucho menos “ruido” que los otros. También es menester reconocer que algunas virtudes tenemos los argentinos, tales como la afectuosidad entre familiares y amigos -que suele llamarles la atención a algunos visitantes de los Estados Unidos de América y de algunos países de Europa-, el ingenio y la creatividad. Pero, desafortunadamente, esas cualidades no alcanzan para hacer una buena sociedad y un buen país.

Otro rasgo central y definitorio de nuestra idiosincrasia es la transgresión de las leyes y de las normas de convivencia social, que heredamos de los conquistadores y colonizadores españoles (aunque, a esta altura, ya no podemos echarles la culpa a ellos). Acerca de esto último, viene a cuento lo siguiente: en 1633, un gobernador de Buenos Aires le escribía al rey de España que *No hay cosa en aquel puerto tan deseada como quebrantar las órdenes y cédulas reales*, haciendo referencia, especialmente, al contrabando; por la misma época, los españoles que vivían en América desobedecían alegremente las normas emanadas de su monarca que no les convenían mediante esta “simpática” fórmula: *Se acata, pero no se cumple*.

Esto tiene un nombre: Se llama “anomia”, término que, según el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española, significa *Ausencia de ley y Conjunto de situaciones que derivan de la carencia de normas sociales o de su degradación* (si mal no recuerdo, el jurista y filósofo del Derecho Carlos Santiago Nino se ocupó de este problema). Puesto que no faltan leyes en la Argentina (que sean buenas o malas, es otro tema), sino que no se cumplen, la acepción que mejor le cuadra al país es la de *Conjunto de situaciones que derivan de la degradación de normas sociales*.

Y lo más grave es que esa degradación no es obra únicamente de la población, sino, también, de los Gobiernos, incluidos los democráticos. Pondré algunos ejemplos (hay muchos más): Los presidentes -todos, desde la reforma constitucional de 1994- han hecho y hacen un uso abusivo y flagrantemente inconstitucional de los decretos de necesidad y urgencia en casos en los que no hay ni necesidad ni urgencia, ni se reúnen los demás requisitos que exige el artículo 99, inciso 3, de nuestra Constitución Nacional, para permitir su dictado; en algunas reparticiones, el Estado Nacional les abona a sus empleados por su trabajo, además de sus sueldos, otras sumas de dinero a las que llama “no remunerativas” (lo que es como decir que el círculo es cuadrado o viceversa), para no pagarle los aportes y las contribuciones patronales ¡a otros organismos del mismo Estado!; el Estado Nacional toma empleados que se desempeñan en evidente relación de dependencia, pero les hace firmar contratos civiles (de locación de obra o de servicios), también para evadir sus obligaciones patronales laborales y previsionales. ¿Cómo puede funcionar bien un país cuyos Gobiernos violan permanentemente la Constitución Nacional y las leyes?

En cuanto a la anomia proveniente de los habitantes, basta con ver cómo se comportan en las calles (especialmente, en las de la Ciudad de Buenos Aires) y en las rutas, en las que ocurren cosas como las que paso a describir:

-Los peatones ignoran los semáforos como si no existieran, porque creen que no son para ellos, y cruzan la calle cuando están en verde para los vehículos, casi siempre por la mitad de la cuadra y mirando para el lado contrario al que vienen los autos, o a su teléfono celular. Peor aún, es muy común ver a adultos (en la mayor parte de los casos, adultas) que las cruzan así llevando a su lado niños pequeños o transportando bebés en cochecitos; o, si el tránsito de vehículos les impide cruzar,

que esperan con los niños o los cochecitos sobre la calzada, arriesgando así criminalmente la vida de esas pobres e inocentes criaturas.

-Los motociclistas y los ciclistas tampoco respetan los semáforos.

-Los vehículos que los respetan, casi siempre se detienen sobre las líneas peatonales.

-Las personas tiran basura en las calles, las plazas y las playas, dejan que sus perros hagan sus necesidades en las veredas y ensucian los baños de los establecimientos gastronómicos (cuyos dueños y empleados tampoco se ocupan de limpiarlos).

-Sujetos a los que los demás les importan nada cargan y descargan mercaderías en y de camiones en horarios y lugares en los que está prohibido hacerlo (prohibido, pero no castigado), estorbando o impidiendo el tránsito vehicular.

-En las rutas que tienen sólo dos carriles con direcciones opuestas, es común que un vehículo pase a otro en una curva y a una velocidad que excede largamente la permitida, que de noche haya rodados que circulan lentamente y sin luces, y que, cuando hay mucho tránsito, cientos de coches y de ómnibus circulen por las banquetas.

Todo esto, y mucho más, ocurre al amparo de la mayor impunidad, ya que, al menos en la Ciudad de Buenos Aires, no hay una Policía de tránsito (como los famosos e implacables “zorros grises” que había cuando yo era chico); o, si la hay, o es invisible, o no vigila absolutamente nada. Y en las rutas casi nunca hay control o sanción por parte de las autoridades.

Pero veamos más ejemplos de anomia, de anormalidades y de comportamientos bárbaros que caracterizan a nuestro “ser nacional”:

-Individuos incalificables vandalizan las estatuas y las esculturas por pura maldad (por caso, las de Alberto Olmedo y Javier Portales que están en la avenida Corrientes, y la del gran poeta y querido amigo Horacio Ferrer, emplazada en la avenida de Mayo).

-Los alumnos “toman” los colegios y hacen cosas peores. Verbigracia, en febrero de 2017, en un colegio de la ciudad de La Plata, varios alumnos de quince y dieciséis años de edad amenazaron a sus maestras con matarlas si no los aprobaban en un examen.

-Los pasajeros de los trenes rompen los asientos y demás instalaciones de los vagones.

-Marginales amorales y malvados (de los que cada vez hay más) tiran piedras a los trenes y a los ómnibus y automóviles en las carreteras; o colocan al paso de estos vehículos bloques de piedra, clavos o neumáticos, para obligarlos a detenerse y robarles a sus ocupantes.

-Cualquier manifestación callejera debida a cuestiones políticas, sociales o deportivas -por ejemplo, en la Ciudad de Buenos Aires, en el Obelisco o en la plaza de Mayo- termina con violencia, hurtos, robos, daños y destrozos, sin consecuencia alguna para los delincuentes, pese a que todo puede verse por televisión “en vivo y en directo”.

-Se protegen mucho más los “derechos humanos” de los delincuentes que los de sus víctimas, sobre la base de una estúpida y criminal teoría llamada “garantismo”, cuyo principal exponente es un exjuez de la Corte Suprema de Justicia de la Nación que tiene departamentos alquilados en los que funcionan prostíbulos.

-Los delincuentes entran a prisión por una puerta y salen inmediatamente por la otra (la llamada “puerta giratoria”); o se los excarcela mucho antes de que cumplan su condena y, una vez libres, vuelven a delinquir. En noviembre de 2017, uno de estos miserables mató de un tiro a una niña de doce años en el momento en que asaltaba a sus padres.

-Un menor de quince años asesina a otro chico de la misma edad, pero no puede ser detenido y juzgado porque es inimputable. Ante ello, los funcionarios y los opinantes de toda laya de los medios de comunicación discuten si debe bajarse o no la edad de la imputabilidad de dieciséis a catorce años; y muchos se oponen, porque defienden más al delincuente que a la víctima, cuyo derecho humano a la vida y cuya muerte, que es irreparable, no les importan a nadie más que a sus familiares. En la Argentina hay pena de muerte, pero no ha sido impuesta por el Estado, sino por los delincuentes.

-Las Policías (federal, provinciales, etcétera) están llenas de corruptos y/o delincuentes y/o incompetentes.

-Hay muchos jueces corruptos, politizados, ignorantes, ineficientes, lentísimos e inoperantes. La Justicia argentina, de justicia, sólo tiene el nombre.



-Un hombre que robó treinta pesos es condenado a tres años de prisión efectiva, mientras la expresidente y múltiple delincuente Cristina Fernández de Kirchner, procesada en varias causas de extrema corrupción, no sólo sigue libre, sino que en las elecciones legislativas de octubre de 2017 obtuvo tres millones y medio de votos y, por ellos, un cargo de senadora con el que espera hacer la “gran Menem”, es decir, no ir a la cárcel por la inmunidad que le otorga ese puesto. Sin embargo, aquí debo decir que varios de sus cómplices ya están en prisión, y no puede descartarse que los vaya a acompañar en un futuro, previo desafuero por parte de la Cámara que integra, habida cuenta del repentino apuro de los jueces para resolver los casos de corrupción de su Gobierno luego del cambio producido por la asunción del ingeniero Mauricio Macri como presidente en diciembre de 2015.

-Los médicos y enfermeros de los hospitales públicos -que, por otra parte, están en condiciones paupérrimas- son golpeados y atacados por los familiares de los enfermos o heridos.

-Cuando hay temperaturas muy altas o muy bajas, o llueve algo más de lo normal, en la Ciudad de Buenos Aires y otros lugares se corta la electricidad, y las compañías privadas que la proveen no contestan los llamados telefónicos de los damnificados.

-La Ministra de Educación de la provincia de Santa Cruz, en un discurso, se dirige a su auditorio diciéndole “jóvenes y jóvenes”.

-El fútbol genera una violencia terrorífica: Peleas brutales, vandalismo, destrozos, asesinatos, odio mortal entre argentinos sólo por ser hinchas de distintos equipos, y demás horrores varios. A continuación, abundaré sobre este tema.

Hace décadas que los llamados “barrabravos” cometen toda clase de tropelías (homicidios, robos, amenazas, daños, etcétera) y asuelan estadios, calles y medios de transporte, sin que ninguna autoridad se haya propuesto hacer algo serio y eficaz al respecto (entre otros motivos, porque son utilizados por dirigentes deportivos y políticos inescrupulosos para fines espurios). Y no son los únicos: Los espectadores comunes, incluso los de las plateas, agreden de distintas maneras a los árbitros y a los jugadores del equipo contrario (insultándolos bárbaramente, escupiéndolos, arrojándoles objetos que pueden matarlos, etcétera), sin que nadie se los impida o los detenga por ello.

Un hecho atroz graficará vívidamente lo que vengo diciendo. En abril de 2017 se disputó un partido de fútbol en el estadio Mario Kempes de la ciudad de Córdoba entre los equipos de Talleres y Belgrano de dicha urbe, cuyas hinchadas se odian a muerte mutuamente (ahora veremos que “a muerte” no es una metáfora). En la tribuna que ocupaban los hinchas de Belgrano, un grupo de bestias humanas golpeó ferozmente a Emanuel Balbo, un muchacho de veintidós años, y luego lo empujó al vacío, causándole su fallecimiento. Estas fieras actuaron instigadas por un asesino que gritó que el joven era hincha de Talleres (no lo era, era de Belgrano). El resto de los concurrentes -la tribuna estaba llena- mantuvo una actitud pasiva e indiferente, salvo algunos que ¡se reían! Encima, al pobre chico ¡le hurtaron las zapatillas cuando estaba moribundo! Las imágenes recorrieron el mundo, con el consiguiente aumento del desprestigio de nuestro país.

El periodista Sergio Danishewsky escribió un comentario sobre este espanto en el diario *Clarín* del 18 de abril, del que transcribo los siguientes fragmentos:

*Hay centenares de personas que miran. Las hay perplejas, sonrientes, indiferentes, eufóricas, pero tienen dos cosas en común: ninguna interviene mientras Emanuel Balbo desfila escaleras abajo hacia la muerte (...). Balbo escapaba como podía después de que alguien, presumiblemente el Sapito Gómez, lo acusara del imperdonable delito de ser hincha de Talleres y habitar la tribuna de Belgrano. (...) El círculo cierra, perfecto: masas descontroladas, barbarie, folclore mal entendido, fanatismo.*

*(...) el problema es que la sociedad argentina no está menos enferma que el fútbol. (...) Suele importarnos tan poco el otro, que vemos cómo un tipo es golpeado en nuestras narices y no se nos mueve un pelo. (...).*

*(...) La lucha contra la violencia en el fútbol resultó históricamente ineficaz, si es que alguna vez fue política de Estado. Mal puede combatirse a los criminales si se financia su presencia en un Mundial. Pero falta educación, cultura cívica, respeto por el otro.*

Permítaseme aquí una comparación con una sociedad civilizada, la española. También en abril de 2017, se jugó en el estadio madrileño Santiago Bernabéu el superclásico del fútbol español entre el Real Madrid y el Barcelona. En un partido electrificante, ganó el Barcelona 3 a 2; el mejor jugador del mundo, el argentino Lionel Messi, marcó dos golazos para el equipo visitante. En la televisión pudo verse cómo,

en las gradas, los simpatizantes de ambos clubes estaban mezclados sin que nada sucediera, y cómo algunos del Real Madrid, incluso, ¡aplaudían a Messi!

No he incluido el tema de los “cortes” en el listado de ejemplos de anomia, anormalidad y barbarie de algunos párrafos atrás, porque amerita ser tratado aparte y más extensamente. Se trata del hecho de que grupos de personas, casi siempre minúsculos, cortan calles (principalmente, en la Ciudad de Buenos Aires, donde eso sucede prácticamente todos los días), rutas, puentes o vías férreas, para protestar por los más diversos motivos (a veces, indescifrables o absurdos), o porque sí.

A estos inciviles, lo primero -y lo único- que se les ocurre para reclamar es bloquear calles, rutas, puentes o vías férreas. Aun suponiendo que lo hagan por una causa justa, su lógica implícita -y perversa- podría exponerse de la siguiente manera: *Si a mí me perjudicó Fulano, yo perjudico a miles de personas que no me han hecho nada.* Quienes más abusan de estos métodos ilícitos e indignantes son los llamados “piqueteros” -cuyos móviles suelen ser políticos-, quienes, además, tienen por costumbre efectuar los cortes ¡con las caras tapadas y palos en las manos! Pero no son los únicos, ya que también apelan a los cortes otros sectores sociales que se presumen más educados, como estudiantes, jubilados, vecinos por cortes de luz, etcétera.

Estas prácticas son tan deleznable como ilícitas, ya que atentan contra el derecho constitucional de todos los habitantes del país a transitar libremente por su territorio (véase el artículo 14 de la Constitución Nacional), y son, además, delitos tipificados en el Código Penal (véanse sus artículos 191, 194 y 211), que, como tales, deben ser evitados o reprimidos, lo que rara vez sucede, porque, si se reprimen, inmediatamente alzan su voz los inciviles defensores de los “derechos humanos”. En la Argentina actual, el verbo *reprimir* es una mala palabra, pese que *reprimirá* es la palabra más repetida en aquel código.

En suma, en nuestro país nadie respeta nada y a nadie le importa nada de los demás. Así pasamos de la falta de libertad de las dictaduras militares a la libertad absoluta e ilimitada, al libertinaje, a la ley de la selva; y, así, todos hacen lo que les viene en gana, con absoluto desprecio por el prójimo y por las normas jurídicas y morales, olvidando la sabia máxima que dice que el derecho de cada uno termina donde empieza el derecho de los otros.

Otra característica de la mentalidad argentina es que casi nadie se hace responsable de sus actos, de sus errores o de sus malas acciones; al contrario, todos se victimizan, haciendo gala de una completa ausencia de autocrítica.

Por ejemplo, el inefable Diego Armando Maradona, el mejor futbolista del mundo en su época -aunque yo creo que, desde el punto de vista estrictamente técnico, Lionel Messi lo ha superado-, pero un individuo impresentable. Cuando fue excluido del Campeonato Mundial de Fútbol disputado en 1994 en los Estados Unidos de América por haber ingerido una sustancia prohibida, en vez de confesar que lo había hecho (lo que era obvio, a menos que alguien se la hubiera dado cuando estaba dormido) y, así, asumir su responsabilidad, dijo *Me cortaron las piernas*, una más de sus tantas frases ocurrentes, con la cual le atribuyó lo que le había pasado a otros (no se sabe a quiénes, ni qué significaba exactamente que le habían cortado las piernas). Por cierto, ningún periodista le preguntó si había tomado o no la droga vedada. Y hete aquí que para muchos argentinos Diego Armando Maradona es un ídolo, como jugador ¡y como persona!

Curiosamente, hay otro Maradona en nuestra historia. Me refiero a Esteban Laureano Maradona (1895-1995), un médico rural, especie de Albert Schweitzer argentino, de quien la *Wikipedia* dice lo siguiente:

*... famoso por su modestia y abnegación, (...) pasó cincuenta años ejerciendo la medicina en Estanislao del Campo, una remota localidad de la provincia de Formosa.*

*Su vida fue un ejemplo de altruismo. Colaboró con las comunidades indígenas en varios aspectos: económico, cultural, humano y social.*

*(...) Renunció a todo tipo de honorario y premio material, viviendo en la humildad y colaborando con su dinero y tiempo con los más menesterosos, a pesar de que pudo haber tenido una cómoda vida ciudadana gracias a sus estudios y a la clase social a la que pertenecía.*

A renglón seguido, la mencionada enciclopedia cita estas declaraciones del doctor Maradona:

*Si algún asomo de mérito me asiste en el desempeño de mi profesión, éste es bien limitado. Yo no he hecho más que cumplir con el clásico juramento hipocrático de hacer el bien a mis semejantes.*

Es obvio que lo único que tienen en común Diego Armando y Esteban Laureano Maradona es el apellido; y, mientras Diego Armando es venerado por muchos, Esteban Laureano es un ilustre desconocido, lo que habla a las claras de la escala de valores de nuestra gente.

También Lionel Messi incurrió en una acción éticamente reprochable de la que no se hizo cargo: En el partido jugado en el estadio de River Plate en marzo de 2017 entre las Selecciones Nacionales de la Argentina y de Chile por las Eliminatorias para el Campeonato Mundial de Fútbol que se llevará a cabo en Rusia en 2018, insultó brutal y reiteradamente a uno de los jueces de línea brasileños (lo mandó a la zona genital de su hermana), sin razón alguna y sin el más mínimo disimulo (pareció que lo hacía a propósito, quizá para no jugar el siguiente partido con la Selección Nacional de Bolivia en la altura de La Paz). Por ello, fue justamente sancionado por la Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA) con cuatro fechas de suspensión, pena esta que, luego de una apelación de los abogados de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), fue revocada con el absurdo y falaz argumento de que no había pruebas del agravio (pese a que en la televisión pudo leerse clarísimamente de los labios de Messi). Pues bien, el astro nunca se arrepintió, ni pidió perdón, ni admitió haber hecho algo incorrecto; simplemente, no dijo nada, y nadie lo culpó a él.

Veamos otro hecho paradigmático sobre la misma cuestión. La noche del 30 de diciembre de 2004, en la Ciudad de Buenos Aires, se incendió el local de espectáculos llamado "República Cromañón", a raíz de que un subnormal arrojó hacia el techo, de material inflamable, un elemento pirotécnico (una bengala), durante un recital de la banda de *rock* Callejeros (pese a que, desde el escenario, el administrador del local suplicó que no arrojaran bengalas), lo que ocasionó un voraz incendio y una gran emisión de gases tóxicos. Hubo ciento noventa y cinco muertos y más de mil cuatrocientos heridos; entre otras causas, porque las puertas del establecimiento estaban cerradas con candados, lo que impidió que la gente escapara, y porque había un número de personas más de cuatro veces superior al permitido.

Los padres de las víctimas reaccionaron con gran indignación -y con razón- contra el administrador, los músicos, los funcionarios encargados de vigilar las condiciones del local, los responsables políticos, etcétera, a quienes acusaron de ser los autores de la tragedia. Pero nadie se acordó del cretino que tiró la bengala (nunca se

supo quién fue, porque nadie se ocupó de averiguarlo); y, sobre todo, nadie formuló autocrítica alguna.

En efecto, ningún sobreviviente admitió que no deberían haber entrado a un lugar cerrado largamente excedido de público y cuyas puertas de salida estaban clausuradas, ni a un recital de una banda cuyos seguidores tenían la mala costumbre de arrojar bengalas; y ningún padre hizo un *mea culpa* por no haberse preocupado por saber a dónde había ido su hijo o hija. No, todos se victimizaron y buscaron a los victimarios, sin asumir ni un ápice de responsabilidad propia.

En esos mismos días, en España se iba a jugar un partido de fútbol en el estadio del Real Madrid. Poco antes de la hora de inicio del partido, estando las tribunas colmadas de gente, se informó a los espectadores por los altavoces que había una amenaza de bomba, y se les pidió que abandonaran la cancha, lo que se cumplió en diez minutos en el más completo orden y sin incidente alguno. Al margen de las semejanzas entre las dos situaciones, queda muy clara la diferencia de cultura entre un pueblo y otro. Si los espectadores hubieran sido argentinos, no habría ocurrido lo mismo.

En otro orden de cosas, en la Argentina de la segunda década del siglo XXI todos los días hay una cantidad escalofriante de homicidios, violaciones, robos, accidentes, etcétera, y todo es protesta, queja, lucha, conflicto, violencia, huelga, quilombo, desmanes, caos, tensión y locura.

El diario *Clarín* del 12 de mayo de 2017 traía esta increíble noticia: Una familia de sirios que había venido a vivir a nuestro país -exactamente, a la ciudad de Pilar, en la provincia de Córdoba- huyendo de la terrible guerra civil que hacía siete años devastaba el suyo -con un saldo de más de trescientos mil muertos-, había tomado la determinación de volver a su patria. La familia estaba compuesta por un señor llamado Taufic, su esposa y dos hijas, una de doce y otra de diez años de edad. Esto decía la nota de *Clarín*:

*Se instalaron en Córdoba, donde estuvieron cuatro meses tratando de adaptarse a las costumbres locales. Pero sin conseguir nada de lo que anhelaban, doblegados por la situación social y económica, prefirieron volver a Aleppo, su ciudad. Se fueron ayer, y según dijeron a Clarín antes de partir, decidieron regresar porque allá, a pesar de las bombas y el caos, "no hay tanta inseguridad y la vida es más barata".*

El artículo del diario proseguía relatando que el traductor de la familia había contado que *Les dijeron que iban a tener casa y trabajo. Pero cuando llegaron no encontraron nada. Faltó ayuda del Estado. Hubo varias promesas incumplidas.*

Y, más adelante, consignaba que *La inseguridad fue clave: “Al poco tiempo de llegar, les entraron a robar y los desvalijaron. En Siria esto no pasa”, asegura el traductor. Y contó que tras el asalto, Taufic quedó con miedo. “Estaba preocupado por sus hijas. Me llamaba tres veces por día diciendo que se quería ir”.*

Finalmente, el periódico reproducía estas declaraciones de Taufic al diario *La Voz. Pensamos que la vida aquí sería más barata y que nuestras hijas tendrían futuro. Con diez dólares allá vivimos una semana, pero acá todo aumenta.*

Sin comentarios.

Por si todo esto fuera poco, también hay en la Argentina una gran dosis de estupidez (sustentada en lo “políticamente correcto”, que casi siempre es una soberana gansada). He aquí un par de episodios representativos de ello:

-En el verano de 2017, tres mujeres decidieron quitarse los corpiños de sus bikinis en una playa de la ciudad de Necochea; ante la protesta de otros veraneantes, apareció la Policía (ridículamente, como cuatro patrulleros y veinte agentes) y las obligó a ponerse los sostenes. En respuesta a semejante “represión” de la libertad, un grupo de imbéciles féminas con los pechos al aire realizó una manifestación callejera alrededor del Obelisco de la Ciudad de Buenos Aires, a la que se denominó “el tetazo”. ¿Cortaron la calle? Sí, claro, por supuesto. ¿Hubo hechos de violencia? Desde luego. Como se dice que dijo Albert Einstein: *Hay dos cosas infinitas: el universo y la estupidez humana; y del universo, no estoy seguro.*

-En mayo de 2017, la Corte Suprema de Justicia de la Nación emitió un fallo dividido (tres contra dos), por el cual un represor de la última dictadura militar (1976-1983), autor de delitos de lesa humanidad, se vio beneficiado por una ley, derogada hace muchos años, que establecía que por cada día de prisión preventiva se acortaría la condena privativa de la libertad en dos días (lo que comúnmente se llama “el dos por uno”).

Los tres jueces de la mayoría resolvieron esto por aplicación del principio de la ley penal más benigna, estatuido en el artículo 2.º del Código Penal, conforme al cual si la ley vigente en el momento de la comisión del delito fuera distinta de la vi-

gente al dictarse el fallo o en el tiempo intermedio, debe aplicarse siempre la ley más benigna para el delincuente.

Puesto que en ese momento no había norma jurídica alguna que excluyera de esta regla a los autores de delitos de lesa humanidad, los tres jueces votaron con absoluta corrección jurídica (que es, justamente, lo que siempre deben hacer los jueces, y rara vez hacen). Tanto fue así, que pocos días después el Congreso de la Nación se apresuró a sancionar, con notable celeridad, la ley que faltaba.

Repito que la sentencia fue jurídicamente más que correcta; el problema es que no fue “políticamente correcta”, y eso, en la Argentina, no se perdona. Por tanto, los siempre listos custodios autodesignados de los “derechos humanos” -para quienes esos derechos los tienen única y exclusivamente las víctimas de la última dictadura militar y los delincuentes comunes- organizaron inmediatamente una masiva concentración en la Plaza de Mayo para repudiar la resolución de la Corte (algo que jamás hicieron, ni harán, si se trata de los derechos humanos de, entre otros, los pobres, los héroes nunca reconocidos de la Guerra de las Malvinas, las víctimas de los delitos comunes y las de las organizaciones armadas guerrilleras de los años 70 del siglo XX, entre otros).

Por si no quedó claro, esta gente salió a la calle para protestar ¡contra un fallo judicial jurídicamente impecable! Así fue como, en este caso, la estulticia (“necedad, tontería”) se vio acompañada por la ignorancia, la mala fe y la conveniencia política de quienes se creen los únicos dueños de los derechos humanos, de la verdad y de la justicia. De hecho, usan el eslogan “Memoria, Verdad y Justicia”, pero inmediatamente le saltan a la yugular a cualquiera que ose decir que los desaparecidos de la última dictadura militar no fueron treinta mil, como ellos sostienen arbitraria y caprichosamente, ya que las desapariciones probadas son alrededor de nueve mil, con lo cual no tienen “Memoria”, no honran a la “Justicia” y, sobre todo, no dicen la “Verdad”.

Otro bonito tema de nuestra querida Patria son sus gobernantes y dirigentes políticos, que, como no nacen de un repollo, ni llegan en paracaídas, cumplen acabadamente el dicho de que los pueblos tienen los gobiernos que se merecen y, sobre todo, que se les parecen.

Aquí me parece bien acotar que si bien es cierto que, afortunadamente, hace casi treinta y cinco años que tenemos democracia, ello no nos garantiza buenos go-



biernos. Nuestra democracia es sumamente imperfecta y limitada. A la hora de las elecciones, los candidatos mienten descaradamente. Además, cuando se nos llama a votar, invariablemente tenemos que elegir entre Drácula, Frankenstein y el Hombre Lobo; y uno, que no quiere votar en blanco, piensa que el Hombre Lobo parece menos malo, se resigna, y termina votando por él.

Por cierto, nuestras clases políticas ya eran fatales desde la Independencia -e, incluso, antes-, pero han ido empeorando mucho con el tiempo, en consonancia con la profunda decadencia que el país viene sufriendo desde hace varias décadas.

En efecto, en nuestro pasado hubo magníficas personas públicas, como, sin que la lista sea exhaustiva, José de San Martín, Manuel Belgrano, José Gervasio Artigas, Martín Miguel de Güemes, Guillermo Brown, Manuel Dorrego, Juana Azurduy, Cornelio Saavedra, Leandro N. Alem, Lisandro de la Torre, Elpidio González, Ramón Carrillo, Arturo Umberto Illia. Individuos con grandeza, integridad, honradez, ética y patriotismo.

Para colmo, la Argentina fue, desde sus inicios -y sigue siéndolo-, un país política y socialmente fragmentado en facciones irreconciliables (eso que hoy llaman “la grieta”, como si fuera una novedad): saavedristas y morenistas, Buenos Aires y las provincias, el litoral y el interior mediterráneo, unitarios y federales, pueblo y oligarquía, conservadores y radicales, radicales y peronistas, peronistas y antiperonistas, civiles y militares, kirchneristas y antikirchneristas, cristinistas y macristas, etcétera. Ya hace más de treinta años que el periodista y escritor argentino Eduardo Crawley escribió un libro cuyo título es una lograda síntesis de estos antagonismos: *La Argentina, una casa dividida*.

¿Qué país es éste en el que pasan todas las cosas que he venido señalando desde el principio de este título? ¿Qué país es éste en el que, además, casi nada funciona bien y casi todo se hace mal? Pues, es un país deplorable, desmadrado, brutal, errático, anormal, anárquico, infeliz, incivilizado y bárbaro (en cuanto a la barbarie argentina, me referiré específicamente a ella en el siguiente acápite de este trabajo, *Civilización y Barbarie*). Es el *Cambalache* del genial Enrique Santos Discépolo llevado a su máxima expresión. Y es así, por una cultura (en el sentido de *Conjunto de modos de vida y costumbres*) estructuralmente deficiente; porque su sociedad está enferma, degradada y descompuesta, y es violenta y corrupta (como muy

bien lo muestra la película argentina *Relatos salvajes*). Es, pues, por todo eso, un país frustrado, fallido, inviable y fracasado, que insiste en autodestruirse.

¿Qué no somos los únicos ni los peores? Mal de muchos, consuelo de tontos.

Por otra parte, mientras nosotros nos revolcamos *en el mismo lodo* (Discípulo *dixit*) y nos vemos superados, incluso, por varios de nuestros vecinos sudamericanos, países como Australia, el Canadá y Nueva Zelanda son ejemplos de bienestar y progreso; y otros que tienen recursos naturales infinitamente menores que los nuestros son los mejores del mundo, como Finlandia, Noruega, Suecia, Dinamarca, Suiza, Alemania, el Japón, Bélgica, Holanda, Austria, Singapur, etcétera.

Las diferencias abismales entre esas naciones y la Argentina se explican porque tienen poblaciones educadas y civilizadas, y gobernantes y dirigentes honestos y serios. Es decir, son países serios. Y no sólo son serios: en los que yo tengo por los mejores entre los mejores, los escandinavos, no hay corrupción, ni delincuencia, ni pobreza. Por ello, propongo que se forme una comisión de argentinos notables - notables de verdad- para que se instalen en esos países el tiempo que sea necesario a fin de estudiar cómo llegaron a ser lo que son (partiendo de una pésima situación en el siglo XIX), y vuelvan con las conclusiones, para que las apliquemos, en la medida de lo posible, en nuestra Patria.

No he incluido en la lista de grandes naciones a los Estados Unidos de América por sus muchas taras internas (corrupción, malos dirigentes políticos, concentración de la riqueza, racismo, droga, violencia, pobreza, desigualdad, desempleo, locos asesinos que matan gente porque sí, etcétera) y porque son el país más imperialista, terrorista, asesino e hipócrita del mundo. Además, como todo Imperio, tuvieron y tendrán sus etapas históricas de inicio, apogeo y decadencia (tengo para mí que su apogeo ya quedó atrás, y se avizora el tiempo de su decadencia). No son, pues, un buen modelo para ser seguido. Sin embargo, también tienen virtudes admirables y realizaciones deslumbrantes, y aún son la primera potencia mundial. Desde luego, nos superan amplísimamente, pese a que nacieron tan sólo cuarenta años antes que nosotros (la primera vez que viajé a los Estados Unidos, hace ya muchos años, sentencí que pretender comparar a la Argentina con ellos era como querer comparar a París con Aldo Bonzi, dicho esto con el mayor de los respetos por Aldo Bonzi y sus habitantes).

Tampoco incluí en aquel listado a España porque no creo que esté en el *top ten* mundial, pero, ya que hablamos de comparaciones, una España en crisis económica (como lo está desde hace unos años, aunque, al parecer, viene recuperándose) es infinitamente mejor que una hipotética Argentina floreciente, toda vez que, pese a la crisis, sigue teniendo ciudades limpias y bien cuidadas, excelentes medios de transporte, estupendas autopistas, niveles de pobreza y delincuencia infinitamente menores que los nuestros y, sobre todo, una población civilizada y educada.

Volviendo a los mejores países, voy a narrar algunas anécdotas que ponen de relieve por qué lo son.

-Hace algunos años, un enviado del diario *Clarín* a Finlandia se asombraba de que allí la gente dejaba las bicicletas en las veredas sin amarrarlas, y jamás cruzaba la calle si el semáforo estaba en rojo para los peatones.

-Un amigo me contó que un argentino había ido por una semana a una ciudad de Suiza por razones de trabajo. En su penúltimo día de estadía, este hombre cruzó la calle por la mitad de la cuadra (como aquí lo hacen todos), y un policía le hizo una boleta con una multa. El argentino, vivillo y pícaro, pensó: *No la pago, total me voy mañana*. Al día siguiente, cuando llegó al aeropuerto para embarcarse, le dijeron que o pagaba la multa o no se iba. Eso es seriedad, legalidad y orden.

-En el Canadá, todos los colegios son estatales y tienen doble turno, y el Estado les provee a los alumnos todos los elementos necesarios para estudiar. Un argentino conocido mío que vivía en una ciudad canadiense enviudó y se quedó solo con su único hijo adolescente, quien, aprovechando que su padre debía salir muy temprano para trabajar, comenzó a faltar al colegio. Ante ello, la directora del establecimiento educativo citó al padre y le preguntó por qué su hijo no concurría; el hombre le explicó lo que pasaba, y la mujer le dijo que ella se iba a ocupar del asunto. Al día siguiente, bien temprano, llegó un patrullero a la casa y se llevó al muchacho de los pelos al colegio (“de los pelos” es un decir, quise significar que lo obligaron). En el Canadá, la educación es sagrada, con la educación no se juega, porque los canadienses tienen perfectamente claro que es la clave fundamental de un buen país y de una buena sociedad. Si eso hubiera ocurrido en la Argentina, inmediatamente los idiotas de siempre habrían protestado ruidosamente contra la violación de los “derechos humanos” de la “pobre criatura” y la “brutal represión policial”.

-Hace muchos años, un señor que yo conocía se había casado con una sueca. Ellos vivían en la Argentina, pero la madre de la mujer vivía en Suecia, en una pequeña ciudad. Era una señora de unos noventa años de edad, que estaba postrada en la cama por razones de salud. Todos los días, personal del hospital público (repito: del hospital público) de la ciudad pasaba a verla, examinarla, controlar su estado físico y preguntarle si precisaba algo. Además, el hospital le había colocado un timbre al lado de la cama para que los llamara cuando los necesitara; si el timbre sonaba, los profesionales del hospital estaban allí en cinco minutos.

-El ejemplar del diario *Clarín* del 20 de mayo de 2017 traía una nota, firmada por Santiago Fioriti, que daba cuenta de la visita del presidente argentino Mauricio Macri al Japón. El reporte decía, entre otras cosas, lo siguiente: *En Tokio también hay piquetes. Piquetes al estilo japonés: en la vereda, mejor dicho en un sector de la vereda y delimitado por pequeños conos rojos y blancos que advierten al peatón que allí hay una protesta y que hay que cruzar con precaución, aunque los manifestantes no están autorizados a saltar los conos. Por las dudas, varios policías con cara de pocos amigos siguen la escena. La manifestación puede darse, incluso, frente a la residencia del primer ministro Shinzo Abe, como ocurrió ayer mientras mantenía la cumbre con Mauricio Macri y unas ochenta personas reclamaban contra el acuerdo nuclear entre la India y su país.*

### *Civilización y Barbarie*

Estimado Domingo Faustino Sarmiento:

Le escribo desde el futuro; más exactamente, desde el año 2017.

En el siglo XIX, usted sintetizó la realidad social argentina con la antinomia "Civilización y Barbarie"; y, desde luego, bregó para que se impusiera la Civilización.

En 2013, grupos de vándalos saquearon varios comercios de la provincia de Buenos Aires e, incluso, atacaron y quemaron el establecimiento de expendio de comidas y bebidas de un comerciante chino, al que también quemaron y mataron (aparentemente, ese hombre no tenía derechos humanos, porque nadie se mosqueó por su tragedia).

En 2014, los delincuentes -que cada vez son más en número y más desalmados, ya que matan sin piedad ni culpa alguna, por el solo placer de matar- cometieron más de sesenta asesinatos de ciudadanos indefensos en aquella provincia.

En ese mismo año, un grupo de miserables que bloqueaba el paso en un puente tiró desde dicho puente a la calle, cerca de cuatro metros debajo, a un muchacho que tenía una pierna artificial y que llevaba a su mujer embarazada a un hospital.

En 2017, ocurrieron hechos como éstos: varios forajidos asesinaron a un joven en un espectáculo deportivo en la ciudad de Córdoba; una escuela de la provincia de Buenos Aires tuvo que cerrar sus puertas por haber sufrido siete robos en tres meses; también en esa provincia, dos adolescentes asaltaron en la calle a un padre que llevaba de la mano a su pequeño hijo de tres años de edad, le robaron su dinero, se fueron caminando, a los pocos metros se dieron vuelta y, riéndose, le dispararon al niño con un arma de fuego y lo mataron; un delincuente asaltó a un matrimonio que estaba en su automóvil y asesinó sin motivo alguno a su hija de doce años de edad.

En los primeros cinco meses de ese año hubo en la provincia de Buenos Aires, en promedio, ciento sesenta robos a mano armada y tres homicidios por día.

Todos los años se retrasa el inicio de las clases en buena parte del país porque los docentes, que ganan una miseria, hacen huelga por ese motivo y, también, por intereses espurios. Los alumnos “toman” los colegios, y tanto ellos como sus padres amenazan o agreden físicamente a los maestros y profesores.

Lo que acabo de referirle son sólo unos poquísimos ejemplos de hechos del mismo tipo que ocurren todos los días en la Argentina actual.

Estimado Sarmiento, suponiendo que su espíritu esté en algún lado y pueda leer esta carta, tengo el penoso deber de comunicarle que en la Argentina ha triunfado, definitivamente, la Barbarie.

*“Al gran pueblo argentino, ¡salud!” (y, por favor, ¡educación!)*

Si, como he dicho anteriormente, la calidad de un país está dada por la calidad de su población, y lo peor de la Argentina es su pueblo, va de suyo que la única solución para que esto no siga siendo así en el futuro es una buena educación.

En 2016, nos visitó el primer ministro de Finlandia, un país cuya excelencia se debe, principalmente, a su notable sistema educativo. No se le dio mayor importancia a esta noticia, pero, en un brevísimo reportaje que le hizo el diario *Clarín*, el gobernante finlandés repitió la palabra *educación* por lo menos diez veces.

Nuestra educación actual es pésima, lo que significa que si ahora somos un país desastroso, el día de mañana lo seremos más todavía, porque los niños y jóvenes de hoy serán, cuando lleguen a la edad adulta, peores aún que los adultos actuales (lo que resulta casi inimaginable).

Este oscuro panorama sólo podría cambiar si se emprendiera, como política de Estado, una revolución educativa. ¿Qué sería una revolución educativa? Yo no soy experto en educación, ni mucho menos, pero el sentido común me indica que, por lo menos, habría que:

- Crear muchas más escuelas (especialmente en los parajes rurales más pobres del interior del país) y poner en perfectas condiciones las actuales.

- Fijar la cantidad más alta posible de horas de clase y no perderlas por ningún motivo.

- Capacitar a los maestros y profesores (la mayoría son unos ignorantes), mejorar sustancialmente sus remuneraciones (porque así debe ser, y para evitar las vergonzosas huelgas de docentes), terminar con el abuso de las licencias y suplencias y restablecer las herramientas que deben tener para mantener el respeto y la disciplina en las aulas.

- Castigar duramente a los padres que van a insultar, amenazar o, directamente, golpear a los docentes.

- Aplicar la debida exigencia a los alumnos y, por ende, no permitirles aprobar materias ni pasar de grado cuando no han aprendido lo que tienen que aprender.

- Premiar el mérito y castigar la vagancia y la falta de estudio.

- Utilizar adecuadamente para la enseñanza las nuevas tecnologías.

- Poner como obligatorias y de muchas horas semanales materias como Ética e Instrucción Cívica (o Educación Ciudadana, o el nombre que quiera dársele), porque no basta con que los alumnos aprendan matemáticas, geografía, historia, física, química, etcétera; también, y centralmente, deben aprender a ser buenas personas y ciudadanos honrados, civilizados, responsables, educados, solidarios y respetuosos del prójimo y de las leyes. Y también debe enseñárseles amor a la Patria, cultura del

trabajo y compromiso con la sociedad en la que viven. Como dijo el gran sabio Pitágoras (filósofo presocrático del siglo VI a. C.), *Educad a los niños, y no será necesario castigar a los hombres.*

Ahora bien, como la posibilidad de que se lleve a cabo una revolución educativa es muy remota, la única solución alternativa para que nuestro país deje de ser el espanto que es radica en que se dé la siguiente secuencia de hechos: Que una gran catástrofe natural nos mate a todos los argentinos; que, a raíz de ello, la Organización de las Naciones Unidas decida adjudicarle nuestro territorio a un país serio y civilizado (por ejemplo, los ya mencionados Finlandia, Noruega, Suecia, Dinamarca, Suiza, Alemania, el Japón, etcétera); y que el país elegido pueble nuestra tierra con el número que considere conveniente de sus ciudadanos (por ejemplo, finlandeses, noruegos, suecos, daneses, suizos, alemanes, japoneses, etcétera). Si ello ocurriera, la Argentina -suponiendo que este nombre se mantuviera- sería un país extraordinario y una potencia mundial en unos pocos años.

#### *Los insufribles medios de comunicación*

Los medios tradicionales de comunicación y difusión de nuestro país (diarios en papel, radios y televisión; de las redes sociales y demás herramientas tecnológicas actuales no hablo porque no los conozco ni los uso) hacen todo lo posible para que la gente sea cada vez más bruta e ignorante.

Por caso, el diario *Clarín* (que, como el lector ya lo habrá advertido, es el que yo leo). Todos los días se me ponen los pelos de punta ante la innumerable cantidad de errores de redacción -conceptuales, de tipeo, de gramática, de ortografía, de sintaxis, etcétera- que encuentro en ese periódico. Mencionaré sólo algunos pocos ejemplos: que haya sólo tres comas en un artículo, escrito por uno de los principales directivos del diario, que, por su extensión, debería llevar entre veinte y treinta; en un título, llamarle *Barón de Estrada* a un señor que se llama *Berón de Astrada*; en otra nota (de otro alto directivo), haber escrito *desbastado* en vez de *devastado* y *urgar* en vez de *hurgar*; en otra, llamarle *Procuración General del Tesoro* a la Procuración del Tesoro de la Nación, e, inmediatamente, consignar entre paréntesis la sigla *PTN*; en otra, mencionar al Procurador del Tesoro de la Nación, Bernardo Saravia Frías, como Facundo Saravia (folclorista integrante de los Chalchaleros); en otras, escribir

siempre *violencia de género* en vez de *violencia por razones de sexo* (género, masculino o femenino, tienen las palabras; las personas tienen sexo, masculino o femenino), y *femicidio* en vez de *feminicidio*; en otra, escribir esta frase para la antología de la burrada: *Los gobernadores aseguran tener un **haz** bajo la manga*. Y así, decenas de faltas más, todos los santos días.

En la radio y la televisión todos hablan horriblemente mal: entrevistadores, entrevistados (entre éstos, funcionarios, políticos, politólogos, escritores, seudointelectuales, etcétera), conductores, periodistas, panelistas, etcétera. Entre muchos otros horrores idiomáticos, esta gente adora las muletillas y los latiguillos. Así, a los ya tradicionales “bueno”, “esteee”, “la verdad es que”, “nada”, y “¿no?”, “¿no’ cierto?” o “me entendés” al final de cada frase, en los últimos años se han sumado, y cobrado un gran auge, “a ver” y “digamos” (nadie puede empezar a hablar sin antes decir “a ver”, y nadie puede hablar sin decir “digamos” cada tres o cuatro palabras).

También se ha puesto de moda decir “lo que es”, y sus variantes pasada y futura, sin el más mínimo sentido. Por ejemplo, un *movilero* dice: *Aquí estamos en lo que es el estadio de Boca Juniors*. O un sujeto que entrevista a un médico, anuncia: *Vamos a hablar de lo que son las vérices*. ¡No, animalitos de Dios, se dice *Estamos en el estadio de Boca Juniors y Vamos a hablar de las vérices!* Para colmo, le han contagiado estas barrabasadas a la gente, ¡y ahora todo el mundo dice “lo que es”, “lo que fue” y “lo que será”! Aunque también es cierto que aún quedan algunos (poquísimos) hombres de radio y televisión que hablan correctamente, como, por ejemplo, Mario Mactas, Héctor Larrea y Víctor Hugo Morales.

Por otra parte, no comprendo por qué se cree que puede ser un programa de radio una reunión de amigotes en la cual hablan todos al mismo tiempo, gritan, se interrumpen unos a otros, dicen toda clase de palabrotas, groserías, obscenidades y sandeces, cuentan chistes “verdes”, se ríen a carcajadas estruendosas ante cualquier cosa supuestamente graciosa (que casi nunca lo es) -especialmente las locutoras, que, al parecer, deben de tener como materia obligatoria de su carrera reírse como gallinas cluecas de todo lo que diga el conductor, sea o no divertido-, hablan todo el tiempo de sexo -como si fueran alumnos del colegio secundario (del colegio secundario de mi época, allá por los años 60 del siglo XX)-, y pronuncian la y como *sh* (por ejemplo, “sho”, en vez de “yo”) y viceversa (por ejemplo, “yow”, en vez de



“show”). Estos tilingos y tilingas no tienen la más mínima conciencia de que el tener ante sí un micrófono les impone una gran responsabilidad.

En la televisión, los panelistas de los programas políticos se interrumpen unos a otros permanentemente. ¡Y, tanto en la radio como en la televisión, los entrevistadores interrumpen a repetición a sus entrevistados o invitados, quebrantando así lo que debería ser una regla de oro de los reportajes!

¡Cómo extraño a los grandes de épocas pasadas, como Antonio Carrizo y Hugo Guerrero Marthineitz! (Por suerte, otro de esos grandes, Héctor Larrea, todavía sigue trabajando en la radio; pero es una honrosa excepción).

Todo está en decadencia en la Argentina.

### *Un país rico lleno de pobres*

El nuestro es un país riquísimo lleno de pobres. Y esto no es de ahora, como creen algunos ignorantes. Al contrario, lo ha sido desde siempre, como veremos a continuación.

El historiador Felipe Pigna cuenta lo siguiente:

*En 1869 se concretó el primer censo nacional. Los argentinos eran por entonces 1.836.490, de los cuales (...) el 71% era analfabeto. (...). El 75% de las familias vivía en la pobreza, en ranchos de barro y paja. (...). La población era escasa, estaba mal educada y, como la riqueza, estaba mal distribuida.*

*(...) los que dejaban su salud y sus ilusiones para construir tanta riqueza vivían en condiciones infrahumanas. En los lugares de trabajo no se respetaban las mínimas garantías de higiene y seguridad.*

*En 1901 se aprobó la llamada “Ley Riccheri”, que establecía el servicio militar obligatorio. La primera conscripción, en 1902, sirvió como un interesante y dramático muestreo de la realidad social del “granero del mundo”: el 46% de los convocados no reunía las condiciones de talla y peso mínimo para su incorporación a las fuerzas armadas, y evidenciaba síntomas de desnutrición y huellas de enfermedades sociales evitables.*

En 1904, durante la segunda presidencia de Julio Argentino Roca, en la Argentina supuestamente próspera y rica de comienzos del siglo XX, el presidente le encomendó al médico catalán Juan Biolet Massé un relevamiento del estado de la

clase obrera en el país. En su detalladísimo informe, Bialek Massé dejó escritas cosas como éstas:

*... he visto en la ciudad de La Rioja al obrero, ganando sólo 80 centavos, metido en la zanja estrecha de una cañería de aguas corrientes, aguantando en sus espaldas un calor de 57° (...).*

*Era de ver a aquellos hombres agobiados por el peso, sintiendo los efectos de la falta de presión, jadeantes, paso a paso (...).*

*La mina de San Pedro (...). La entrada está cubierta de una espesa capa de hielo (...). La atmósfera es sulfurosa y fría (...). No hay ventilación, y en aquel hueco con el aire viciado (...) trabajan dos hombres con la barreta y el martillo, hora tras hora, violándose la ley y matándose a la gente. A los cuarenta años, el minero está agotado y viejo. El infierno no puede ser más que eso (...).*

*El jornal corriente del peón en la ciudad es de \$ 0,80 sin comida, y éstos se pagan en vales contra casas de negocios, que cuando más les dan la mitad de su importe en dinero y la otra mitad en mercaderías, cuando no los obligan a tomar todo en esta forma, ¡y a qué precios, señor! Para ganar esto, trabajan de sol a sol. A las 14.30 no se podía dormir en la pieza que ocupaba, había una temperatura de 35°, el termómetro al sol marcaba 46° y en el suelo 56° (...). Con semejante fuego en la espalda, sólo un riojano puede trabajar.*

*(...). Los más clavan cuatro estacas en el suelo y, a un metro de altura, hacen una cama de palos clavados sobre tres largueros (...); ponen encima bolsas llenas de pasto seco; ése es el colchón; en la cabecera ponen astillas de quebracho por almohada. De la sábana no hay idea (...).*

*(...). He visto con mis propios ojos salir al trabajo a las 4 a.m. como regla general y, no pocas veces, a las 3.30; y dejar el trabajo a las 7.30 y hasta a las 8 p.m. (...) la jornada mínima útil es de 13 a 14 horas, y el tiempo ocupado por el peón (...) no baja de 15 a 17 horas, y no le queda el necesario para descansar, volviendo al trabajo sobrefatigado; al concluir la temporada, es un hombre agotado completamente (...).*

*(...) la condición del trabajador es lo más inestable (...), no considerándolo sino como un medio, menos importante que la máquina y que la bestia (...).*

*En la Refinería Argentina (...) queda una jornada efectiva de diez horas y media, y de esta jornada participan niñitas de doce y diez años de edad.*

*Cuando fuimos a visitar la fábrica con la Delegación Comercial Española, lo primero que percibimos fue el estado de las niñas pequeñas: algunas estaban anémicas, pálidas, flacas, con todos los síntomas de la sobrefatiga y de la respiración incompleta (...).*

*(...). En Tucumán se extrema la explotación del pobre, el martirio de la mujer y la primera fuerza del niño. (...) los niños se acaban en flor, después de una niñez mísera, si es que salen vivos del claustro materno (...).*

*Estando en Reconquista, comentábamos el hecho de un establecimiento que había pasado nueve meses sin pagar a sus obreros (...).*

Sobre este escalofriante informe, Felipe Pigna hace el siguiente comentario: *Éste era el paraíso, el granero del mundo. Ésta era la Argentina que los liberales argentinos nos ponen como ejemplo, la Argentina ideal.*

Pasemos ahora a la pobreza en un pasado mucho más reciente, el que yo he vivido. Tuve, y tengo, la suerte de haber nacido (en 1949) en un hogar de clase media-alta de la Capital Federal -clase con la que tengo muchas más diferencias que coincidencias, pero ése es otro tema-, lo que no impidió que viera pobreza desde mi infancia. Ya había por entonces en la ciudad de Buenos Aires (hoy, Ciudad Autónoma de Buenos Aires), donde siempre he vivido y sigo viviendo, mendigos y las llamadas “villas miseria” (tiempo después, a mis veintitrés y veinticuatro años de edad, yo trabajé en más de una con el propósito de ayudar a mis compatriotas más necesitados). Recuerdo que, cuando yo era chico, las personas de los niveles sociales acomodados, cuando pasaban cerca de las villas miseria, comentaban, con gran desprecio, que estaban llena de antenas de televisión, lo que, según ellos, demostraba que lo que allí vivían no eran realmente pobres, sino vagos e indolentes.

A mis catorce años de edad, escuché al hijo de un amigo de mi padre que estaba haciendo el servicio militar obligatorio expresar su asombro por la indigencia, la enfermedad y el primitivismo que había visto en muchos pobres muchachos del interior del país incorporados a dicho servicio.

A principios de los años 70 del siglo XX, recién recibido de abogado, comencé a trabajar en el Estudio jurídico de mi padre, quien un día me envió a la ciudad de Laboulaye, en la provincia de Córdoba, para que les llevara unos papeles a unos colegas de allí. Una mañana, muy temprano, me subí a un tren, me senté al lado de la ventanilla y, en un viaje que habrá durado unas seis horas, estuve todo el tiempo

mirando hacia fuera. ¿Y qué vi durante todo el trayecto? Pobreza, pobreza y más pobreza. Allí fue cuando acuñé mentalmente la frase del título: *La Argentina es un país rico lleno de pobres*.

Algunos años después, en 1978, a mis veintiocho años de edad, en un viaje que hice por tierra, de mochilero, de ida y vuelta hasta la República del Ecuador - en el cual, acoto al margen, dejé de creer en la nación latinoamericana-, por una circunstancia fortuita estuve veinte días parando, en la provincia de Salta, en una finca de gente perteneciente a la aristocracia local. Todos los días partían de allí pequeños camiones con sus partes traseras descubiertas llenas de hombres, mujeres, niñas y niños descendientes remotos de indios y mestizos, sucios y harapientos, a quienes llevaban a trabajar a las plantaciones de tabaco de propiedad de la dueña de la finca, que los veía pasar indiferente (no los miraba, sólo los veía), cómodamente sentada en el porche de su magnífica casa, mientras se aprestaba para ir a misa.

En enero de 1986 -gobernaba el país el radical Raúl Ricardo Alfonsín-, el diario *Clarín* informaba sobre la existencia de más de mil niños desnutridos en una localidad chaqueña distante 4 km de la ciudad de Resistencia. Eduardo López, el autor de la nota, reflexionaba que los niños de vientres inflamados por la deficiente alimentación no eran sólo una imagen exportada desde remotos países africanos, sino una cotidiana comprobación de la Argentina de esos tiempos (y, agrego yo, de los actuales).

En las vísperas de las elecciones presidenciales de 1983, Alfonsín había jurado solemnemente, ante una entusiasta multitud, que, si llegaba al gobierno, acabaría con la desnutrición infantil; también había insistido y machacado con el burdo y mentiroso eslogan *Con la democracia, se come, se educa y se cura*, e invocado hasta el cansancio a la justicia social (después, ya en el gobierno, dejó de mencionarla). ¡Y este tipo hoy en día es casi un prócer!

Pero no es mi intención cargar las tintas sobre Alfonsín, ya que ninguno de todos los presidentes anteriores y posteriores, salvo honrosas excepciones -por ejemplo, Juan Domingo Perón (1946-1955) y Arturo Umberto Illia (1963-1966)-, se ocuparon de los pobres. Y Alfonsín, al menos, implementó el llamado Plan Alimentario Nacional (PAN).

En agosto de 1988 -también durante el período presidencial de Alfonsín-, Carlos Ulanovsky publicó en el diario *Clarín* un artículo con este título: *La deuda eterna*.

Se trataba de un comentario sobre una película argentina estrenada entonces, *La deuda interna*, protagonizada por Juan José Camero, que transcurría en Chorcán, un pueblito de la puna jujeña, situado a 60 km de la quebrada de Humahuaca.

*En tierras como ésta -escribió Ulanovsky-, verdaderamente abandonadas por la mano de Dios, viven millares de desaparecidos. Ellos fueron y son los “chupados” por la pobreza, por las enfermedades, por la falta de agua potable, de luz eléctrica, de gas, por el atraso de la distribución injusta. (...) En ese sitio (...) no debe de haber algo más desconocido que el mar. (...) La deuda interna, elevada y dramática, consiste en que todos somos corresponsables de los despojos cometidos. (...) Si por un momento la exhibición (de la película) sirvió para admitir que esos seres lejanos, casi todos descendientes de collas, son nuestros hermanos y nos necesitan, el efecto está logrado. Si además sirve para considerar a Jujuy, tanto mejor. ¿Qué es esa provincia norteña situada a 1622 km de distancia de las mesas de dinero (...)? ¿Qué sabemos de ella (...)? (...) ¿cuántas veces al año Jujuy es protagonista de los noticieros de televisión que se producen en Buenos Aires? (...) La dimensión de la deuda se engruesa cuando nos preguntamos qué sabemos de los Departamentos de Susques, Santa Catalina, Rinconada o Chorcán (...). A Chorcán no llegan los medios de comunicación (...) me pregunto cuánto tiempo nos llevará deshacernos de esta impresión y volver a conectarnos con la inflación. Cuántas veces más en la vida nos tocará hacerle el pagadiós a nuestra eterna deuda interna. Cuándo volveremos a olvidarnos de ellos (“uf, che, no jodan con esa pálida”), a aseverar que no existen, a proclamar en secreto que están así porque quieren, a mencionarlos como indios, negros, gronchos, mestizos, pobres, distintos, argentinos de Jujuy.*

Ahora echemos una mirada sobre lo que ocurre con la pobreza en la Argentina actual. Cuando, en diciembre de 2015, finalizó el ultracorrumpo gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, había, según estadísticas confiables, un 29% de pobres. Han pasado casi dos años desde entonces; a Cristina la sucedió en la presidencia de la nación el ingeniero Mauricio Macri, pero, a fines de 2017, el porcentaje de pobreza sigue siendo el mismo. De ese 29% de pobres, el 6,3% es indigente; además, son pobres casi el 50% de los niños de hasta catorce años de edad, y un millón seiscientas mil personas pasan hambre en la Argentina. También hay pobreza en el distrito más rico del país, la Ciudad de Buenos Aires, donde todos los días y a toda

hora puede verse a gente hurgando en los tachos de basura en busca de comida y hay más de cuatro mil personas viviendo en la calle.

En un artículo publicado en el ejemplar del diario *Clarín* del 4 de febrero de 2017, titulado *Más educación, menos pobreza*, Manuel Álvarez-Trongé escribió esto:

*Hace ya diez años los títulos de diarios extranjeros informaban una noticia escalofriante sobre la Argentina: “Hambre en el país de la carne”. Una década después continúa habiendo hambre en diversos lugares del país y el ataque al flagelo de la pobreza, más allá de muy buenas iniciativas nacionales y provinciales, no puede decirse que sea prioridad de sus ciudadanos. Y, más adelante, destacó que ... la buena educación es el mejor camino para erradicar la pobreza si se hace planificada e integralmente con otras asistencias, como la social, de salud y de empleo joven.*

El 29 de mayo de 2017, el periodista de *Clarín* Héctor Gambini contaba que en la Argentina había cuatro mil cien villas miseria -cuyas superficies, sumadas, equivalían a una vez y media la de la Ciudad de Buenos Aires-, en las que vivían más de ochocientas mil familias. Sus habitantes, decía Gambini, ... *no logran reunir dos de estos tres servicios básicos: agua corriente, luz con medidor y cloacas. Si tienen uno, les faltan los otros dos.* Y agregaba lo siguiente:

*La población de las villas viene en aumento desde los 70. Son la acumulación de la Argentina lateral. La materialización de quienes quedan en la banquina: si crecen, es porque el país se achica. (...) En las villas late el recorte patente de las principales preocupaciones argentinas: inseguridad, desocupación, marginalidad. Allí la inflación pega como en ningún otro sitio.*

*Son, también, bastiones del narcotráfico. La lucha de los vecinos para librarse de quienes copan los lugares comunes para vender droga es otro de los gritos ahogados de la Argentina sorda.*

En el mismo ejemplar del *Clarín*, Osvaldo Pepe comentaba lo siguiente sobre la pobreza, la falta de educación, la delincuencia y las drogas:

*La baja escolaridad y el acceso fácil a las drogas (...) son los factores centrales que impulsan la criminalidad adolescente (...). En 2016, sólo los juzgados porteños recibieron mil quinientos sesenta y cuatro chicos acusados de delitos; de ellos, cuatrocientos ochenta y siete tenían quince años o menos.*

*(...) las estadísticas de criminalidad dejaron de difundirse (...) desde 2008. Cuando volvieron a conocerse, en abril de 2016 (...), se supo que el delito había crecido un 10% en ese tiempo. Habían aumentado robos y asesinatos.*

La cuestión es que la Argentina podría alimentar a cuatrocientos millones de personas, y no alimenta a cuarenta y pico. Además, hay quienes están en peor situación aún que los pobladores de las villas miseria (que, en general, son provincianos que están mejor allí que en sus lugares de origen). En la Argentina profunda y oculta (mejor dicho, ocultada), en las periferias de ciudades, en pequeños pueblos perdidos e ignorados y en zonas rurales, hay millones de compatriotas que viven sin agua corriente, sin baños, sin duchas, sin cloacas, sin gas y sin electricidad. O sea, prácticamente como en la Edad Media (un solo ejemplo: el pueblo de Tres Bocas, de 1500 habitantes, en la provincia de Corrientes; y hay muchísimos más en esa provincia y en todo el resto del país).

En mayo de 2017, un periodista de un programa de televisión viajó al paraje llamado “El Impenetrable”, en la provincia del Chaco, y mostro una realidad sobrecogedora: gente de vida paupérrima viviendo en chozas como las de los indios del siglo XIX, consistentes en cuatro palos cubiertos por unos cueros, con piso de tierra, también sin electricidad, ni agua, ni gas, ni cloacas, ni nada y, por si todo eso fuera poco, expuestos a mosquitos que transmiten una enfermedad mortal. ¿Ningún funcionario del Gobierno vio esto? Y si alguno lo vio, ¿no se le ocurrió decirle al presidente que había que hacer algo urgentemente por esta gente dejada de la mano de Dios y del Estado? Pues, no; ninguna de las dos cosas.

En este país inexplicable que es la Argentina (como también lo es el Japón, pero por razones diametralmente opuestas), entre 1946 y 2009 fallecieron por desnutrición más de ciento veinte mil personas. En este país incomprensible, todos los días mueren de hambre, en promedio, entre tres y cinco chicos; y si no mueren, sufren la tortura diaria del hambre y crecen desnutridos, con la vida arruinada para siempre por el daño cerebral que les genera la desnutrición.

Esto es un horror, un pecado que clama al cielo, un crimen de lesa humanidad, un lento y cotidiano genocidio, más grave y aberrante aún que los crímenes de la dictadura militar que nos gobernó entre 1976 y 1983, pero muchísimo menos difundido y combatido. Nada, pero nada, puede ser más prioritario, ni más importante,

ni más urgente, ni más impostergable, que impedir el hambre y la desnutrición de los niños.

### *Las clases sociales, los pobres y los medios de comunicación*

Las clases sociales tienen intereses muy diferentes, aquí y en todo el mundo; sobre todo, cuando hay grandes distancias económicas y culturales entre ellas, como ocurre en nuestro país. En tal sentido, tenía razón Karl Marx cuando dividía a la gente más en clases sociales que en nacionalidades, lo que es fácilmente comprobable, en nuestro caso, en el hecho indudable de que cualquier argentino de clase media-media, media-alta o alta preferiría la compañía de cualquier extranjero de su misma ubicación social, incluso aunque hablen distintos idiomas, a la de un argentino de una clase social inferior.

Hecha esta breve introducción, a lo que quiero referirme específicamente en este título es a las personas que hablan y opinan en la radio y la televisión y a su particular y miope visión de la sociedad argentina. Estos individuos pertenecen a las clases no pobres de la población e, ignorantes como son, creen que todos los argentinos son de su misma condición social. Por ende, cuando hablan de “los argentinos” aluden únicamente a esos argentinos que se les parecen, como si los argentinos pobres no existieran, o no fueran argentinos (la triste realidad es que sí existen y sí son argentinos, pero de segunda o tercera categoría, y son escandalosamente discriminados).

Así, estos bobos se la pasan hablando de comidas -afrentando, de ese modo, a sus compatriotas que pasan hambre-, y se refieren a los habitantes del país como si todos ellos comieran todos los días, vivieran en departamentos o casas con electricidad, baños, duchas, agua corriente potable, fría y caliente, cloacas, refrigeración, calefacción, televisión, computadoras, etcétera, y tuvieran auto, fueran al cine o al teatro, salieran de vacaciones, etcétera.

Más aún, los viernes festejan que haya llegado *¡por fin!, el mejor día de la semana!* (sic), y dicen gansadas tales como que ojalá en el fin de semana el tiempo sea lindo, así se puede salir a pasear y comer un asado al aire libre, pero, si llueve, pues, vamos al cine o al teatro, o nos quedamos en la “cama calentita” y vemos pelí-



culas por televisión, como si esas cosas estuvieran al alcance de todos, con lo cual ningunean y desprecian a los millones de argentinos que carecen de todo eso.

Los pobres no pasean, ni comen asados, ni van al cine o al teatro, ni ven películas, ni tienen ni camas calentitas, ni veranean. Para los pobres no hay fines de semana; para los pobres todos los días son iguales, porque son días de hambre y sufrimiento; peor aún, el viernes es un día trágico para los chicos que sólo comen cuando van al colegio. Y, cuando llueve, a los pobres se les inundan sus chozas de lata y sus pisos de barro, algo que jamás se les ocurre pensar a estos descerebrados de los medios audiovisuales.

Dentro de esa misma tónica, las emisoras de radio y televisión -y también los diarios y las revistas- dedican muchas horas o páginas, según los casos, a, por ejemplo, las vacaciones veraniegas de los miembros de las clases no pobres, y a los dimes y diretes de los personajes de la farándula vernácula.

Y esta cruel discriminación no se da sólo en el plano interno. Así, si explotó una bomba que mató a varias personas en New York, Madrid, Londres, París, Berlín, etcétera, el hecho se reitera insistentemente en los noticieros de la radio y la televisión y sale en la primera página de los diarios, y todo el mundo se conmueve, lloriquea y se lamenta. Pero, si murió tanta o más gente, por los mismos o parecidos motivos, en Irak, Pakistán, Afganistán, etcétera, nos enteramos por un escueto comentario en los medios audiovisuales o por un pequeño recuadro en alguna página interna de los periódicos; lo que pasa es que los habitantes de estos últimos países son “negros”, y, por ende, sus vidas no valen lo mismo que la de los “blancos”. Veamos sólo dos ejemplos:

-Ejemplar del diario *Clarín* del 31 de mayo de 2017, título de una columna de cinco centímetros de ancho en la página ¡24!: *Casi 30 muertos. Dos ataques del ISIS en Bagdad matan a chicos y jubilados.*

-Mismo periódico, al día siguiente, también página 24 (aunque, en este caso, la noticia ocupa toda la página). Título: *Sangriento atentado suicida en Afganistán: al menos 90 muertos.*

*La democracia, los pobres y los derechos humanos*

Desde luego, es infinitamente mejor vivir en democracia que bajo una dictadura, pero ocurre que nuestra democracia sólo beneficia a las clases no pobres. Que haya libertad de prensa, libertad de salir y entrar del país, libertad de expresar libremente las ideas, libertad de ver cualquier película y de leer cualquier libro sin censura previa, etcétera, nos les interesa, ni les sirve de nada, a quienes se mueren de hambre o comen mal y salteado, porque esos derechos y libertades, tan caros para la democracia formal liberal, son completamente ajenos a su realidad.

Los millones de argentinos pobres e indigentes quieren y necesitan otras cosas, mucho más primordiales y urgentes; quieren y necesitan alimentarse bien, tener trabajo, un ingreso económico suficiente y una vivienda digna, acceder a una buena salud y a una buena educación, etcétera. Pero esos derechos vitales les son negados en esta democracia vacía de justicia social y sin igualdad de oportunidades, de suerte que sólo les quedan el “derecho” y la “libertad” de morirse de hambre.

La democracia debería contemplar los intereses y las necesidades de todas las clases sociales. Ergo, debería atender y proteger tanto los derechos, libertades y garantías de la democracia liberal, como los derechos de los pobres. Sólo así sería una democracia social; o sea, una democracia para todos, y no solamente para algunos.

No es esto, por cierto, lo que piensan una buena parte de los no pobres, que opinan y actúan igual que los tontos de la radio y la televisión: en algunos casos de imbecilidad extrema, hasta creen que los pobres no existen; en otros, saben que existen, pero los ignoran como si no existieran, o no fueran sus compatriotas. A esos no pobres, los sufrimientos de los pobres no los inmutan, sólo les importan sus propios derechos y libertades. Por eso, se escandalizan, y mucho, por las discriminaciones que afectan a personas de su misma condición (judíos no pobres, mujeres no pobres, homosexuales no pobres, travestis no pobres, etcétera); pero la peor de las discriminaciones, la que se hace con los pobres, los tiene absolutamente sin cuidado.

De allí que algunos no pobres salgan a las calles para, por ejemplo, repudiar los asesinatos de los redactores de la revista francesa *Charlie Hebdo*, pero ni se les pasa por la cabeza hacer lo mismo por el hambre y la desnutrición infantil que hay en su propio país. En 2015, en la Ciudad de Buenos Aires, también hubo manifestaciones ante la Embajada de Francia con motivo de los atentados terroristas que se

produjeron ese año en París; pero a nadie se le ocurrió protestar públicamente porque en los mismos días un chico de siete años murió de hambre en la provincia del Chaco. ¿Por qué se conmueven ante la muerte de periodistas franceses y otras víctimas extranjeras del terrorismo internacional, y no por la de nuestros niños paupérrimos?

Se habla mucho de los “derechos humanos”, pero siempre se trata de los derechos humanos de gente de clase media-media para arriba; y no de todos, ya que, finalmente, se han convertido en un patrimonio exclusivo de las víctimas de la dictadura militar extinguida en 1983, puesto que -como ya lo he dicho antes en este trabajo y lo repito-, para esta gente no tienen “derechos humanos” ni las víctimas de la delincuencia común, ni las de las organizaciones guerrilleras de los años 70 del siglo XX, ni las de la Guerra de las Malvinas, ni los pobres. Vuelvo a decir, entonces, que, al parecer, para estos dueños de los “derechos humanos”, los pobres no existen, o son humanos sin derechos, o no son humanos.

¿Patria, patriotismo, qué es eso?

El estado lastimoso de mi país me hace sentir dolor, bronca, vergüenza, decepción, desaliento. Como hace muchos años decía Hugo Guerrero Marthineitz, “Estoy desesperanzado”. ¿Exagero? ¿Soy demasiado escéptico y pesimista? Tal vez, pero creo que no mucho.

Sin embargo, y pese a todo, amo entrañablemente a mi Patria; probablemente, porque, como sostenía Blas Pascal (filósofo francés del siglo XVII), *El corazón tiene razones que la razón no entiende*. Pero crece en mí la sospecha de que amo a una abstracción, ya que es casi imposible querer a la Argentina real. Siento por mi país aquello que Borges dijo sentir por la ciudad de Buenos Aires: *No nos une el amor, sino el espanto; será por eso que la quiero tanto*.

No puedo cantar el Himno Nacional sin que se me quiebre la voz, y la sola visión de nuestra Bandera celeste y blanca me conmueve. La mantengo puesta en forma permanente en el balcón de mi departamento, y me pongo la Escarapela en la solapa en las fechas patrias, acaso con ciega obstinación y casi en absoluta soledad. Quizá como homenaje a aquellos grandes hombres y mujeres que fundaron la Patria -San Martín, Belgrano, Artigas, Güemes, Brown, Dorrego, Juana Azurduy,

Saavedra, entre otros y otras-, que, por suerte, no pueden ver cuál fue el resultado de sus sacrificios y de su patriotismo.

Esos hombres y mujeres amaban profundamente a su Patria, se jugaban la vida por ella, y tenían la palabra *Patria* permanentemente a flor de labios. Pero ese amor a la tierra natal -o adoptiva, en algunos casos- ya no existe, y, por consecuencia, las palabras *Patria* y *patriotismo* han desaparecido del lenguaje. No se trata únicamente de una cuestión emocional, puesto que el sentimiento patriótico no sólo es importante por sí mismo, sino que, además, porque quien lo tiene se preocupará y ocupará mucho más de la situación de la Patria.

Alguna vez escuché al conductor radial Rolando Hanglin contar lo que había visto y oído en una ciudad de los Estados Unidos de América, donde, de repente, comenzó a sonar el himno nacional de ese país en plena calle: toda la gente se detuvo, se quedó quieta donde estaba y lo escuchó con respeto y unción hasta que terminó, pese a que llovía torrencialmente. También en los Estados Unidos muchas casas particulares tienen su bandera en la puerta. En nuestro país, el Himno Nacional suena todas las medianoches en la radio y la televisión, y, cuando eso ocurre en los lugares públicos -bares, confiterías, restaurantes, etcétera-, nadie le presta la menor atención.

Para colmo, los jóvenes ignoran por completo la historia argentina, no tienen la menor idea de quiénes fueron y qué hicieron San Martín, Belgrano, Güemes, etcétera, ni de lo que pasó el 25 de Mayo de 1810, el 9 de Julio de 1816, el 20 de junio de 1820 o el 17 de agosto de 1850 (fechas en las que, como ya lo he dicho, sólo una ínfima minoría de personas, de la que formo parte, se pone una Escarapela en la solapa o cuelga una Bandera argentina en el balcón; para los demás, son sólo feriados).

No obstante, no puedo dejar de destacar maravillosas excepciones en materia de sentimiento patriótico, como las que protagonizaron en el año 2016 algunos de nuestros deportistas y aficionados en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro y en otros torneos internacionales.

Vi entonces, con enorme emoción, las lágrimas de la entrañable judoca Paula “la Peque” Pareto cuando recibía su medalla de oro y cantaba nuestro Himno. Vi a los “Leones”, campeones olímpicos de hockey sobre césped, y a su gran entrenador, Carlos “el Chapa” Retegui, pura garra y amor a la camiseta argentina. Vi a Santiago

Lange y Cecilia Carranza, también expresando su amor al país. Vi al extraordinario Juan Martín del Potro, tanto en esos Juegos Olímpicos como en la Copa Davis, que finalmente ganamos, junto con sus compañeros y su notable director técnico, Daniel Orsanic, darlo todo por el triunfo de nuestros colores. Vi la honda pasión patriótica de los jugadores y el conductor que ganaron el Campeonato Mundial de Futsal; y la de las chicas del Seleccionado Juvenil Femenino de Hockey sobre Césped, las “Leoncitas”, también campeonas mundiales en ese mismo año. Vi a la “Generación Dorada” de nuestra Selección de Básquetbol con el interminable Emanuel Ginóbili, un argentino ejemplar. Y vi a las hinchadas argentinas presentes en esos y otros torneos, con sus Banderas celestes y blancas y sus “cantitos”, tales como el entrañable *¡Olé, olé, olé, olé, olé, olé, olé, olé, cada día te quiero más, sooooy argentino, es un sentimientooo, no puedo paraaar!*

Y vi, en otras ocasiones, demostrar su fervor patriótico a las “Leonas” del Seleccionado Femenino de Hockey sobre Césped y a los muchachos de la Selección Nacional de Handball; y vi a los integrantes de la Selección Nacional de Rugby, los “Pumas”, que se toman por los hombros y lagrimean cuando cantan el Himno Nacional (lo mismo hacen los “Pumitas”).

Esos grandes deportistas y esos hinchas me devuelven un poco la fe en los argentinos. El contraejemplo son los jugadores de la Selección Nacional de Fútbol, que, cuando suena el Himno Nacional, antes de cada partido, ni lo cantan, ni se toman por los hombros, ni se ponen la mano en el pecho, ni nada, como sí los hacen los Seleccionados Nacionales de Fútbol de todos los demás países y, por suerte, también los chicos de la Selección Argentina de Fútbol Sub-20 que participaron en el Campeonato Sudamericano que se jugó a principios de 2017 en el Ecuador y en el Campeonato Mundial que se disputó ese mismo año en Corea del Sur.

### *El País que no Avanza*

*Nunca podrá encontrarse señal más segura de la decadencia de un reino que la impunidad de los delitos. Si el delincuente encuentra protección en los magistrados, cuya sola presencia debería confundirlo; si lejos de ver en ellos unos celosos perseguidores, advierte una indolencia, es el signo más funesto del envilecimiento*

*de la ley y de la degradación del juez, y de los trastornos de las principales bases de la sociedad. ¿Quién escribió esto? ¡Mariano Moreno, en 1807!*

*El modo de contener los delitos y fomentar las virtudes es castigar al delincuente y proteger al inocente. ¿Quién aseveró esto? ¡Manuel Belgrano, en 1813!*

*Siempre he clamado por la educación (...). Sin educación, en balde es cansarse, nunca seremos más de lo que desgraciadamente somos. ¿Quién dijo esto? ¡También Belgrano, en 1816!*

*El cuadro aflictivo que presenta la depreciación del papel y la consiguiente subida de los valores de las cosas hasta el extremo de romperse el equilibrio de la industria con los medios regulares de subsistencia, no puede menos que excitar el celo de la Legislatura. Los extremos de esta calamidad han penetrado a todas las clases del pueblo, han puesto en conflicto las fortunas, debilitando la confianza y obstruido en gran manera el crédito (...) se ha aumentado la miseria general, echando sobre el pueblo una contribución pesada. ¿Quién expuso esto? ¡Manuel Dorrego, en 1827! (Dorrego era el gobernador de la provincia de Buenos Aires, y el fragmento citado pertenece a su mensaje de apertura de las sesiones de la Legislatura de dicha provincia; y, por si no se entendió, de lo que hablaba era de la inflación).*

*Necesitamos de ocho a diez millones de pesos para pagar (...) el servicio de la deuda externa (...). Si no pagamos, seremos inscriptos en el libro negro de las naciones insolventes. ¿Quién advirtió esto? ¡Carlos Pellegrini, en 1890!*

*... veo bandas rapaces movidas de codicia, la más vil de todas las pasiones, enseñoreadas del país, dilapidar sus fuerzas, pervertir su administración, chupar su sustancia, pavonearse insistentemente en las más cínicas ostentaciones del fausto, comprarlo y venderlo todo, hasta comprarse y venderse unos a otros a la luz del día. ¿Quién observó esto? Sea quien fuere, es seguro que estaba hablando de los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner (2003-2015). Pues, hete aquí que no. ¿No? No, ¡esto lo expresó José Manuel Estrada, también en 1890, hablando del gobierno corrupto de Miguel Juárez Celman (1886-1890)!*

*... la pasión del dinero, absorbente y desmedida, como que la escasez la aumenta y la abundancia no la sacia (...) desaparecieron también, dentro del mismo partido oficial, la disciplina y los méritos, para primar la audacia y el servilismo. La política se hizo empresa, el presidente patrono y los secuaces accionistas (...) el poder cobraba los rasgos de las satrapías (...). En el Parlamento, transformadas las*

*representaciones en dádivas, dejaban de ser deberes a cumplir altivamente para convertirse en mercedes a retribuirse con sumisiones; cuando no, en ocasiones de enriquecimiento. Una unanimidad mansa suprimía la contradicción y las iniciativas (...). Las exageraciones de la arrogancia suelen codearse con las humillaciones de la sumisión. (...) la intransigencia, el endiosamiento propio y la excomuni3n del adversario, características de la política de muchedumbre. ¿A qué hace alusión este texto? También les calzaría justo a los gobiernos de Néstor y Cristina; pero no. Entonces, ¿se trataría del gobierno de Carlos Saúl Menem (1989-1999)? No, tampoco; ¡también se refiere al de Juárez Celman!, y lo escribió Juan Balestra, testigo de aquella época, en su ya clásico libro *El Noventa*.*

Estos pocos ejemplos -y hay muchos más- demuestran que nuestro país tiene los mismos graves problemas que hace doscientos años, y no ha resuelto ninguno: la delincuencia, la corrupción, la educación, la inflación, la deuda externa, la pobreza, la anomia, el desorden, las instituciones deficientes (entre ellas, la Policía y la Justicia), la inestabilidad económica y política, la división entre argentinos, etcétera.

Ya he hablado antes de algunos de estos problemas. Sólo añadiré ahora lo siguiente:

-En 2017, somos uno de los poquísimos países del mundo en los que aún hay una alta inflación (lo que no ocurre, por ejemplo, con pares latinoamericanos como el Uruguay, Chile, el Brasil, el Perú, Colombia, México, etcétera).

-En materia de educación, siguen vigentes las reflexiones y propuestas de Belgrano y de Sarmiento.

-El *Cambalache* que Enrique Santos Discépolo escribió en 1935 y los monólogos televisivos que Tato Bores pronunció entre 1957 y 1993 tienen absoluta actualidad (aunque, ahora, *Cambalache* se queda corto).

En suma, la Argentina es el País que no Avanza, que está siempre en el mismo lugar; o, en todo caso, que da vueltas en círculos, como una calesita.

### *El Reino del Revés*

Año 2060. El territorio de un Estado sudamericano ya desaparecido, que se llamaba "República Argentina", está poblado por varias tribus primitivas y salvajes

que se hallan en un estado de guerra permanente entre ellas, con las consiguientes matanzas y horrores cotidianos.

Esto no lo saben un hombre y su hijo de doce años, que, muy lejos de allí, en un país escandinavo, van al cine a ver una película basada en una exitosa novela tragicómica de ciencia ficción; ambas se titulan *El Reino del Revés* (debo aclarar que he tomado este título de una canción de María Elena Walsh).

El filme muestra lo que ocurría varias décadas atrás en una nación supuestamente imaginaria, en la que todo es absurdo, anormal, grotesco, disparatado, insensato y contrario al sentido común.

Por ejemplo, el país es gobernado por una banda de ladrones, una asociación ilícita, cuya jefa es la mismísima presidente de la nación, que aprovechan su poder para cometer toda clase de delitos económicos en perjuicio del erario, sin ser molestados por una Justicia corrupta, acomodaticia, oportunista, ineficiente y lentísima.

En el Reino del Revés, ese Gobierno rehabilita, con bombos y platillos, un ferrocarril, que hacía años que no funcionaba, que une la capital del país con su principal ciudad balnearia, pero que ahora, para recorrer 400 kilómetros, tarda dos horas más que hace sesenta años.

Y éstos son sólo algunos de los muchos dislates que se suceden en la película, y que provocan carcajadas generalizadas en el público. Pero la escena que despierta la mayor hilaridad es la de un delincuente filmado y fotografiado cuando intenta asaltar a mano armada a un turista extranjero; el malhechor no sólo no es detenido, ni por la Policía ni por la Justicia, sino que, pocos días después, es entrevistado por perversos periodistas en la televisión.

El niño no sale de su asombro. Al finalizar la función, le pregunta a su padre: *Papá, ¿estas cosas ocurrieron realmente?* Con una sonrisa condescendiente, el padre le responde: *No, hijo, es una obra de ciencia ficción, escrita por un autor muy imaginativo y con un gran sentido del humor. Creo que a esto le llamaban "surrealismo" o "realismo mágico", no lo sé bien; todo es pura invención. No puede existir ni haber existido un país como ése.*

*El peronismo*



Como ya lo he dicho, nací en 1949 en el seno de una familia de la clase media-alta de la ciudad de Buenos Aires. Dada esa pertenencia social, mis padres eran rabiosamente antiperonistas, como la gran mayoría de sus congéneres de clase. Por ende, yo también lo fui, hasta, más o menos, mis veinte años de edad.

Pero, a partir de entonces, poco a poco me fui haciendo peronista. Fue un proceso de cierto tiempo, que comenzó cuando, desde mis catorce años de edad, comencé a ir con mi amigo Sebastián a la cancha de fútbol; más precisamente, a la tribuna popular (soy hincha de Boca Juniors, pero más de la Selección Nacional, por razones de sentimiento patriótico que casi nadie entiende).

Pues bien, allí, en la “popular” de la hinchada de Boca, conocí, escuché, comprendí y quise a gente de otra clase social, hombres humildes de tez oscura, todos peronistas. Y entendí por qué eran peronistas. Y me di cuenta de que el peronismo era el partido político de los pobres y de los trabajadores asalariados (además de serlo de la soberanía y la independencia nacionales), por la sencilla razón de que se había ocupado eficazmente de ellos, algo que en el siglo XX nunca había ocurrido hasta el primer gobierno del general Juan Domingo Perón (1946-1955), y que nunca más volvió a ocurrir (salvo, en alguna medida, en el gobierno del radical Arturo Umberto Illia, 1963-1966). También influyeron en mi conversión política un par de amigos, que, aun cuando eran de mi misma clase social, eran peronistas: el ya mentado Sebastián, y Jorge.

Yo tuve sentimientos de amor y compasión por los pobres y los sufrientes desde que era un niño. Pondré un ejemplo: cuando tenía unos ocho o nueve años de edad, mi madre me llevaba periódicamente al odontólogo. En la puerta del edificio donde el dentista tenía su consultorio había un pordiosero; tenía la cara llena de grandes ronchas (quizás era lepra), y no hablaba, sólo extendía una mano rogando una limosna. Desde la primera vez que lo vi, le preguntaba a mi madre cuándo volveríamos al odontólogo, y, ya sabiendo la fecha, juntaba moneditas para darle a ese mendigo (moneditas que por entonces tenían algún valor). Yo era muy chico, no podía haber en esa actitud mía especulación alguna, era puro sentimiento de piedad por aquel desdichado (un sentimiento de piedad innato, ya que no me fue inculcado por mis padres).

Esa compasión que me despertaban los pobres, el fuerte deseo de hacer algo por ellos, las experiencias recogidas en las canchas de fútbol, el amor a la Patria

(adquirido desde muy temprana edad, cuando empecé a admirar y a querer a San Martín y Belgrano) y la influencia de Sebastián y Jorge, me llevaron, finalmente, más de diez años después de mis visitas al dentista, a hacerme peronista; muy peronista.

Incluso, pasados ya mis treinta años de edad (entre 1982 y 1984), tuve una etapa de cierta militancia dentro del peronismo -en una Unidad Básica y en un grupo de trabajo teórico-, motivado por la posibilidad de llegar a algún cargo público desde el cual pudiera hacer algo por los más necesitados. No duré mucho, porque a mi alrededor no vi a nadie con mis ideales y mi altruismo, sino a un montón de personajes mediocres, desagradables y ambiciosos, que sólo querían llegar a la función pública para adquirir plata y poder, esperanzas que se vieron frustradas con el triunfo del radical Raúl Ricardo Alfonsín en las elecciones de 1983.

Seguí siendo peronista hasta más o menos mis cincuenta años de edad, cuando, también gradualmente, caí en la cuenta de que si bien el peronismo tenía cosas muy buenas, también tenía cosas muy malas; y que si yo seguía declarándome peronista estaba aceptando también las malas, que eran y son indigeribles. (Un buen ejemplo de las cosas malas fue la famosa quema de un ataúd con el nombre de Alfonsín realizada por el impresentable sindicalista peronista Herminio Iglesias en el último acto callejero partidario antes de las elecciones de 1983, perdidas por el peronismo, en buena medida, por ese hecho violento y repudiable).

Entendí que mis padres y los de su misma clase social detestaran a Perón y al peronismo por sus rasgos totalitarios, dictatoriales y autoritarios -además, habían sido directamente perjudicados por los dos primeros gobiernos del General-, aunque no justificué que no vieran, o no quisieran ver, la otra cara del peronismo original, la que defendía los intereses nacionales y promovía la justicia social. Lamentablemente, cuando yo me hice peronista, ellos no me entendieron a mí.

Desde entonces, ya no soy peronista; o soy un peronista a medias; o, en el peor (o mejor) de los casos, un peronista crítico. Ello no significa, en modo alguno, que haya dejado de adherir calurosamente a aquella otra cara del primer peronismo, la nacionalista y popular, innegablemente plasmada desde la presidencia de la nación por Perón -especialmente, en el período 1946-1952- mediante un sinnúmero de realizaciones muy concretas y tangibles. Entre muchas otras, el Estado de Bienestar, la drástica disminución de la pobreza, la institucionalización y defensa de los derechos y conquistas sociales de los trabajadores dependientes, el desarrollo de la industria

nacional, el casi pleno empleo, el desendeudamiento externo del país, una política exterior independiente y latinoamericanista, el fomento de la educación y el mejoramiento de la salud pública (se crearon numerosas escuelas, universidades, guarderías, hospitales, asilos, etcétera), el Estatuto del Peón de Campo, la incentivación del deporte, la atención preferencial a la situación de los niños pobres, el voto femenino, la nacionalización de los recursos naturales energéticos y minerales, la creación de la flota mercante, la consagración de los derechos sociales en la Constitución Nacional de 1949, etcétera, etcétera.

Cabe agregar a lo anterior la incansable actividad desplegada por Eva Duarte de Perón, “Evita”, mediante la fundación que llevaba su nombre, con la que prestaba una indispensable y extraordinaria ayuda a los más pobres, enfermos y necesitados (entre ellos, muchísimos niños). Pobres, enfermos y necesitados por quienes dejó, literalmente, la vida, tras años de larguísimas jornadas de trabajo en dicha fundación. Muchas cosas pueden reprochársele a esta mujer única y excepcional (intolerancia, fanatismo, abusos de poder, resentimientos, odios, provocaciones, contradicciones, gusto por el lujo en la vestimenta, etcétera), pero su entrega íntegra e incondicional a aliviar el sufrimiento ajeno la convierten, a mi juicio, en una verdadera santa; con seguridad, más santa que muchas de las que la Iglesia Católica ha consagrado como tales.

Por todo ello, no comparto la idea de que el peronismo original haya sido demagógico. Hoy día se lo tilda de “populista”. ¿Fue aquel peronismo un “populismo”? No lo sé, por la sencilla razón de que todos hablan de populismo -esa palabreja peyorativa tan de moda en estos tiempos-, pero nadie sabe bien qué cosa es; y yo tampoco.

Contaré ahora dos anécdotas que, a mi juicio, son muy buenos ejemplos de las dos facetas del peronismo, la buena y la mala. La primera, la viví personalmente; la segunda, la leí en un libro.

La primera ocurrió el 20 de junio de 1973. Ese fatídico día, mi ya nombrado amigo Jorge y yo, muy peronistas ambos por entonces, decidimos sumarnos al recibimiento popular convocado para recibir a Perón, que volvía definitivamente al país, dieciocho años después de su derrocamiento. El líder popular iba a aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Ezeiza, desde donde iba a ser llevado a un palco preparado sobre uno de los puentes que cruzan la autopista que conduce a dicho aero-

puerto, para que, desde allí, le hablara a sus prosélitos. El padre de Jorge nos llevó en su auto hasta la autopista, y nos dejó donde ya no se podía seguir con el vehículo, como a 10 kilómetros del palco.

Jorge y yo comenzamos a caminar en medio de una inmensa marea humana; en mi vida había visto tanta gente junta, y nunca más volví a verla (se dice que había un millón de personas). Caminamos un buen rato, hasta que pasó a nuestro lado, lentamente, un pequeño camión, en cuya parte de atrás, que estaba descubierta, viajaban unos siete u ocho hombres de piel morena, seguramente del interior del país o del Gran Buenos Aires. Le preguntamos al que manejaba si podía llevarnos, y nos dijo que sí. Entonces, nos subimos a la parte de atrás del camioncito, y nos acomodamos allí junto a los demás pasajeros.

Yo me puse a charlar con el que tenía más cerca, un chaqueño aindiado de unos cuarenta años de edad (yo tenía veintitrés). En un momento dado de la conversación, se me ocurrió preguntarle por qué había ido a recibir a Perón; y me respondió con esta frase que nunca olvidé ni olvidaré: *Porque a mí Perón me salvó la vida*. Efectivamente, Perón le había salvado la vida a él y a millones de personas como él, y éste es el timbre de gloria imperecedero, incuestionable, imborrable e histórico del peronismo original.

Por eso, entonces, por mi amor a la Patria y a los pobres, y porque esos sentimientos eran la base del primer peronismo, fui peronista y, en parte, lo sigo siendo.

La segunda de las anécdotas que he anunciado la leí en el libro *Los secretos de los últimos días de Perón*, de Nelson Castro. En dicha obra, el autor cuenta que cuando, en noviembre de 1972, Perón volvió por primera vez al país después de diecisiete años de exilio, se alojó en una casa de la calle Gaspar Campos, en la localidad de Vicente López, provincia de Buenos Aires. Una vez que el General se instaló allí, los jóvenes peronistas rodearon la vivienda y la manzana, y se apropiaron durante varios días de la calle de la casa y de las aledaños.

En tal estado de cosas, ocurrió el siguiente episodio, registrado por el diario *El Litoral* del 20 de noviembre de 1972 y reproducido por Nelson Castro en la página 109 de su libro:

*El desborde generado por la multitud no cesaba. La zona se había transformado en tierra de nadie. Los vecinos comenzaron a quejarse. Uno de ellos, que pre-*

tendió avanzar con su auto a fin de buscar a su familia, fue detenido por un grupo de jóvenes:

-Pero, ¿quiénes son ustedes para no dejarme pasar?-, *inquirió el vecino con enojo.*

-Somos la custodia del general Perón. Lo siento mucho, pero deberá bajarse del auto y continuar a pie-, *respondió el jefe del grupo.*

-¿Se supone que deberé dejarme palpar de armas?-, *replicó el vecino, aún más enojado.*

-Sí señor, va a tener que hacerlo-, *contestó el joven con voz firme.*

-¿Y si me niego?-, *insistió el vecino.*

-No pasa-, *fue la respuesta.*

-¿Dónde está la Policía? ¿Qué pasa con la Policía?-, *preguntó el vecino.*

-La Policía ya no existe. Este barrio se llama San Perón, y aquí mandamos nosotros-, *concluyó el joven.*

Este suceso ilustra algunas de las características más negativas del peronismo: restricción de las libertades civiles, autoritarismo, soberbia, sectarismo, creencia de ser dueños de la verdad, atropello, intolerancia con los no peronistas, prepotencia, avasallamiento, violencia; a las que podríamos sumar otras afines, tales como fanatismo, fundamentalismo, dogmatismo, pretensión de ser un “movimiento nacional” (cuando casi siempre tuvo a favor a la mitad del país y en contra a la otra mitad), división entre amigo y enemigo, fractura y odio entre argentinos, haberle dado un excesivo poder político a los sindicatos, etcétera.

En tal sentido, cabe recordar que Perón dijo cosas como éstas: *Para un peronista no hay nada mejor que otro peronista; Por cada uno de los nuestros que caiga, caerán cinco de ellos; Al amigo todo; al enemigo, ni justicia.*

Y no fueron sólo palabras. También persiguió a los antiperonistas o no peronistas; encarceló a políticos opositores (los radicales Ricardo Balbín y Arturo Frondizi, entre otros); ordenó o permitió que se torturara a los detenidos (en un reportaje que le realizó a Perón, el historiador Félix Luna le habló de ese tema; Perón le preguntó a quiénes se había torturado, y Luna le contestó: *Entre otros, a mí*); obligó a los empleados públicos a afiliarse al Partido Justicialista y a llevar brazalete de luto cuando murió Evita; dispuso sistemas de delación en los barrios para detectar y espiar a opositores; instaló un monumental aparato de propaganda al estilo fascista y

nazi (creado y dirigido por Raúl Apold), que incluía un fuerte culto a su personalidad y a la de Eva (yo recuerdo claramente mis libros del colegio primario con los retratos de Perón y Evita diciéndonos a los niños que nos amaban); etcétera.

Por todo esto, repito, no puedo seguir siendo totalmente peronista.

Por otra parte, el segundo período de gobierno de Perón (1952-1955) mostró las limitaciones de su proyecto económico y social. Al asumir por primera vez la presidencia, en 1946, se había encontrado con una situación internacional muy favorable, derivada de la Segunda Guerra Mundial, y con mucho dinero en el Estado (él mismo dijo que no se podía caminar por los pasillos del Banco Central de la República Argentina por la cantidad de lingotes de oro que había). Ante ello, Perón gastó mucho, y gastó bien; con esa plata hizo muchísimas cosas positivas para el país y para la gente.

Pero no guardó para la época de las vacas flacas, razón por la cual su segundo mandato fue muy diferente. El dinero se acabó, y Perón comenzó a aplicar un plan de ajuste (que no otra cosa fue el Segundo Plan Quinquenal). Además, hizo dos cosas que había jurado que jamás haría: pidió un préstamo a un organismo financiero internacional y firmó un contrato con una compañía estadounidense para que se ocupara de extraer petróleo. También recibió a Milton Eisenhower, el hermano del por entonces presidente de los Estados Unidos de América, con quien se deshizo en reverencias y zalamerías. Por ese tipo de medidas, su prestigio y popularidad empezaron a decaer, y yo creo que se dejó derrocar a propósito (entre otros “errores”, cometió el increíble de enfrentarse con la Iglesia Católica) para no caer en el olvido, y obtener, como lo obtuvo, casi veinte años más de vigencia y poder políticos. (Una acotación al margen: sospecho que en el siglo XIX también se dejó destituir adrede Juan Manuel de Rosas, gobernante nacionalista y popular del siglo XIX, con grandes analogías con el peronismo).

Después, cuando volvió del exilio, ya casi octogenario y cansado, y fue presidente por tercera vez, luego de ser elegido por más del 60% de los votantes, Perón adoptó públicamente otra actitud, mucho más democrática y conciliadora. Así, cambió el *Para un peronista no hay nada mejor que otro peronista* por *Para un argentino no hay nada mejor que otro argentino*, pregonó la unidad nacional, buscó alianzas con otros partidos, se abrazó con su rival político Ricardo Balbín (aquel gran orador radical que, cuando murió Perón, pronunció en el Congreso, junto al ataúd, una alo-

cución conmovedora y brillante, que remató diciendo: *Este viejo adversario despidió a un amigo*), etcétera.

Pero su retorno definitivo y su tercera presidencia se produjeron en un país que vivía entrampado entre una dictadura militar que dejaba el gobierno (la del general Alejandro Agustín Lanusse) y organizaciones armadas peronistas y de izquierda (las principales, Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo -ERP-) que sembraban la violencia y la muerte cotidianamente (a los Montoneros, Perón los había utilizado para volver; ya en la presidencia, pretendió desarmarlos y domesticarlos sin resultado, hasta que, finalmente, en la manifestación que se efectuó el 1 de mayo de 1974 en la plaza de Mayo, los echó de allí acusándolos de “estúpidos” e “imberbes”).

Además, el peronismo se hallaba profundamente dividido entre una facción de derecha (en la cual estaban, entre otros, los sindicalistas) y los referidos grupos armados de izquierda (que querían el “socialismo nacional”), que se mataban mutuamente gritando ambas, absurdamente, “¡Viva Perón!” (como ocurrió en Ezeiza el día del regreso final de Perón, por ejemplo).

Finalmente, Perón murió el 1 de julio de 1974, a los setenta y ocho u ochenta años de edad (hay controversias respecto de su fecha de nacimiento), dejándonos como presidente, imperdonablemente, a María Estela Martínez de Perón -su tercera esposa, más conocida como “Isabel”, una exbailarina de cabaré-, y, a su lado, al siniestro José López Rega, que ya había puesto en marcha la organización criminal llamada “Triple A” (“Asociación Anticomunista Argentina”), dedicada a asesinar a guerrilleros y militantes de izquierda, peronistas y no peronistas. Previsiblemente, el desastroso gobierno de Isabel fue derrocado por el golpe militar de 1976, con el que arrancó la dictadura más criminal y feroz de la historia argentina.

Cuando, en 1982, esa dictadura decidió devolver el gobierno a los civiles mediante elecciones a raíz de su estruendoso fracaso en la malhadada Guerra de las Malvinas (a cuyos héroes brindo mi más sentido homenaje), sobrevino el período de gobierno de Alfonsín (1983-1989), admirable en cuanto a su respeto por la democracia liberal y su promoción del famoso Juicio a las Juntas Militares, pero malísimo en el terreno económico y social.

Permítaseme aquí una digresión. Alfonsín encarnó en la Argentina la nueva estrategia gatopardista del imperialismo estadounidense respecto de América Latina

que tuvo lugar en aquella época. Los Estados Unidos habían implantado varias dictaduras militares en la región para mantenerla bajo su dominio, pero esas dictaduras, dadas sus atrocidades, se habían tornado contraproducentes por las reacciones populares que generaban, que podían volverse incontrolables. Consiguientemente, los amos del Norte decidieron cambiar algo para que todo siguiera igual, y así pergeñaron otra forma de dominación, mucho menos brutal y más sutil: las democracias formales con deudas externas impagables, con lo cual siguieron teniéndonos con la soga al cuello.

Posteriormente, ganó el gobierno otro peronismo, el de Carlos Saúl Menem (1989-1999), que de peronismo no tuvo nada, sino todo lo contrario, además de que instaló una groserísima corrupción estatal, sólo superada más adelante por Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

Por último, luego del catastrófico mandato del radical Fernando de la Rúa (1999-2001) y del interinato de Eduardo Duhalde (2002-2003), a partir de 2003 gobernaron los mencionados Kirchner -Néstor, de 2003 a 2007, y Cristina, de 2007 a 2015-, cuyas administraciones fueron lo más parecido que hubo al peronismo original, toda vez que tuvieron virtudes y vicios similares, pero de una manera *light*, es decir, en un grado mucho menor, ya que algo hubo de justicia social y nacionalismo, y algo hubo también de autoritarismo, pero, en ambos casos, con una intensidad muy inferior a la de los dos primeros gobiernos de Perón.

Esta semejanza con el primer peronismo incluye un primer período muy bueno desde el punto de vista económico -el de Néstor-, bien que ayudado por una coyuntura internacional favorable (el llamado “viento de cola”), y un segundo período -en realidad, dos- de Cristina, que fue de regular a malo, y de malo a pésimo.

En efecto, si en los años de Néstor tuvimos un crecimiento del 8 o 9% anual, récord de reservas en el Banco Central de la República Argentina, superávit fiscal, superávit comercial, reducción del desempleo y la pobreza, crecimiento de la actividad industrial, tipo de cambio alto, estable y competitivo, baja inflación, una excelente renegociación de la deuda externa y notoria disminución de esa deuda, el fin de la injerencia del Fondo Monetario Internacional en nuestra economía y de los planes de ajuste, etcétera, en los de Cristina sucedió todo lo contrario (como había ocurrido en el segundo gobierno de Perón): recesión, mínimas reservas en el Banco Central,



déficit fiscal y comercial, aumento del desempleo y la pobreza, caída de la actividad industrial y comercial, cepo cambiario, dólar retrasado, alta inflación, etcétera.

Además, la pérfida Cristina le dejó a propósito a su sucesor, el ingeniero Mauricio Macri, un desastre económico. Eso sí, lo que aumentó exponencialmente en el tiempo kirchnerista fue la corrupción, enormemente superior a la del peronismo original e, incluso, superior a la del menemismo, hasta el punto de que terminamos siendo gobernados por una banda de ladrones comandada por la propia presidente.

Por último, de Macri, que va por su segundo año de gobierno, prefiero no opinar, porque todavía no lo tengo claro. Sólo diré que lo voté porque me era imposible votar al cristinismo, porque no me gusta votar en blanco, y por el pensamiento subyacente en esta ingeniosa frase del veterano peronista Julio Bárbaro (que también lo votó): *Cada vez que me enojo con Macri, pienso en Scioli y se me pasa* (Daniel Scioli fue el candidato del cristinismo que perdió las elecciones presidenciales de 2015 con Macri).

### *La extraña dicotomía de los gobiernos nacionalistas y populares*

¿Qué debe entenderse por un gobierno nacionalista y popular? Pues, desde mi punto de vista, y con alguna dosis de simplificación, es un gobierno que sostiene la soberanía e independencia del país y favorece a las clases más bajas de la sociedad y a los trabajadores asalariados en general.

Ahora bien, los gobiernos nacionalistas y populares suelen incurrir en esta incomprensible dualidad: son benefactores para los pobres y tiránicos para los no pobres. ¿Por qué tiene que ser así? ¿Por qué no pueden ser lo primero sin ser lo segundo?

Sea cual fuere la respuesta a este interrogante -si es que hay alguna-, lo cierto es que esa misteriosa e innecesaria doble cara de ese tipo de gobiernos es, por un lado, mala en sí misma, y, por el otro, un gravísimo error político. Tan así es, que los dos exponentes más claros de gobiernos nacionalistas y populares en nuestra historia -los de Juan Manuel de Rosas (1829-1832 y 1835-1852) y Juan Domingo Perón (1946-1955 y 1973-1974)- pagaron esa gruesa falla con sus derrocamientos a manos de los sectores no pobres que los sufrieron (dicho esto al margen de mi conjetura de que ambos se hicieron echar a propósito).

Por otra parte, esta extraña dicotomía de los gobiernos en cuestión genera, lógicamente, que los pobres los amen y los no pobres los odien, y que ambos tengan razón desde su perspectiva, a poco que se repare en que se guían por sentimientos, conveniencias e intereses sumamente disímiles y hasta encontrados.

Al respecto, uno de los ejemplos más notorios de estos tiempos es el régimen castrista de Cuba. En 1992 viajé a ese país por un par de semanas (no sin antes pedir perdón por la inmodestia, diré que a mí dos semanas me bastan para captar lo esencial de otros países, sobre la base de mucha atención, escucha y observación), y hablé tanto con partidarios de la Revolución como con opositores a ella.

Los primeros me decían que antes de la Revolución, Cuba era el prostíbulo y el salón de juegos de los Estados Unidos, que éstos manejaban el país a su antojo como si fuera una colonia y que la miseria del pueblo era tal que los niños morían de hambre en las calles.

Los segundos se quejaban amargamente de la tiranía de Fidel, del sistema comunista, de la falta de libertad, de la imposibilidad de tener emprendimiento privado alguno, de la prohibición de salir del país, de la censura de prensa, del aparato de propaganda estatal, de la ausencia de elecciones y de todo otra práctica democrática, etcétera.

Y, como todas esas cosas eran ciertas, ambos tenían razón. Así, para quienes pasaban hambre y miseria antes de la Revolución, ésta había sido una bendición; pero, para los que hasta la Revolución pertenecían a una clase social más o menos acomodada económicamente, había sido una monumental desgracia. Todo era, pues, según el cristal con el que se mirara.

Ahora bien, el hecho de que en el caso de la Cuba castrista o de cualquier otro gobierno nacionalista y popular cada sector social tenga razón desde su visión parcial, no significa que tenga toda la razón, sino, justamente, una parte de ella. Por consiguiente, para evaluar y juzgar a los gobiernos que benefician a los pobres y maltratan a los no pobres con la mayor objetividad posible, es menester tener en cuenta las miradas parciales de ambas clases sociales, y luego extraer conclusiones libres de prejuicios, justas, imparciales e intelectualmente honestas.

*El fracaso de las revoluciones violentas*

Y ya que estamos hablando de la Revolución Cubana, quiero dedicar algunos pocos párrafos a las revoluciones violentas en general.

Por empezar, esas revoluciones no son deseables ni recomendables, habida cuenta de que la mayoría ha ocasionado crímenes, persecuciones, ejecuciones y daños humanos y materiales de todo tipo, así como grandes convulsiones económicas, políticas y sociales.

Además, sus autores -que son, normalmente, quienes dicen representar a las clases sociales explotadas u oprimidas por el régimen al que destituyen- suelen, al tomar el poder, transformarse en explotadores u opresores de los dirigentes y partidarios de aquel régimen y de todos los que no comulgan con la revolución (e, incluso, a veces, de otros revolucionarios, y hasta de las mismas clases en cuyo nombre hicieron la revolución), y caer en vicios no muy diferentes de los que tenían los integrantes y adherentes del Gobierno al que derrocaron.

Cuando ello ocurre, queda demostrado que los revolucionarios no son mucho mejores personas que los expulsados del poder por ellos (léase, sobre esta cuestión, el gran libro de Aldous Huxley *Rebelión en la granja*, una fábula tragicómica sobre la Revolución Rusa), de lo que se sigue que las revoluciones violentas revolucionan todo, menos a los hombres.

Veamos ahora qué pasó históricamente con algunas revoluciones violentas.

Un caso paradigmático es el de la Revolución Francesa de 1789, que, si bien implicó el final del absolutismo monárquico y la definitiva instalación en el mundo occidental de la democracia y el republicanismo, devino en un terror estatal que derramó ríos de sangre (una buena expresión de ello es esto que dicen que dijo María Antonieta momentos antes de que su cabeza rodara seccionada por la guillotina: *Libertad, libertad, ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!*).

La Revolución Mexicana de 1910 no cumplió sus objetivos reivindicadores de las masas sojuzgadas por el gobierno del dictador Porfirio Díaz, y terminó institucionalizándose en un partido político monopólico que se adueñó del poder por muchas décadas.

La Revolución Cubana de 1959, que derrocó al tirano Fulgencio Batista, está, hoy por hoy, agotada, por su comunismo anacrónico, sus enormes dificultades económicas, su esencia dictatorial y su aislamiento del mundo.

La Revolución Rusa de 1917 fue un fiasco, y terminó muriendo de forma casi natural porque no pudo sostener un régimen comunista extremo, que incluyó, como su peor expresión, el gobierno del déspota genocida Stalin (1929-1953). Si hasta el autor principal de esta revolución, el mismísimo Lenin (Vladimir Ilich Uliánov), dijo, con gran lucidez y sabiduría, que *El Estado tiene la misión de oprimir; todos los Estados oprimen; el Estado de la clase proletaria también sabrá ser opresor; lo que pasa es que oprimirá a la clase recién expropiada, oprimirá a la clase que hasta ahora la oprimía a ella. El estado socialista no será libre ni justo.*

Obsérvese, de otro lado, que los países escandinavos, que son los mejores del mundo, no necesitaron hacer revolución violenta alguna ni proclamar grandes ideologías para hacer otro tipo de revolución, una revolución incruenta, mediante la cual lograron conjugar notablemente socialismo con libertad y casi realizar el objetivo marxista de la sociedad sin clases, ya que allí la diferencia entre las clases sociales es mínima.

En cuanto a nuestro país, es evidente que necesita una revolución, pero, desde luego, pacífica y racional: la revolución de tener gobernantes con sentido común, sensibilidad social, patriotismo, honradez y eficiencia (volveré sobre este tema más adelante). (En los países escandinavos no hay corrupción, ni pobreza, ni delincuencia; conseguir algo así sería una auténtica gran revolución en la Argentina; más aún, sería un verdadero milagro).

### *La doctrina peronista*

Al margen de sus virtudes y defectos en el ejercicio del gobierno, el peronismo elaboró una “doctrina” política, económica y social -ya olvidada, desde hace décadas, incluso por los mismos peronistas-, a la que denominó “justicialismo”, que aún conserva algunos aspectos valiosos.

Perón la llamó “doctrina”, quizá para diferenciarla del término *ideología*, que aludía, principalmente, a construcciones teóricas de índole socialista demasiado científicas, demasiado abstractas y demasiado complejas (pese a que tenían consecuencias fácticas muy tangibles), como, por ejemplo, el marxismo. Al contrario, la doctrina postulada por Perón era, según él, simple, humanista y cristiana (esto último

no implicaba una adhesión a la religión cristiana, sino a las enseñanzas evangélicas del amor al prójimo y a la llamada “Doctrina Social de la Iglesia Católica”).

Una síntesis de la doctrina peronista eran las “tres banderas”: la soberanía política, la independencia económica y la justicia social. Otra, algo más desarrollada, eran las “Veinte Verdades Fundamentales del Justicialismo”. A continuación, enunciaré algunas de ellas, las que considero que aún poseen vigencia:

1) *La verdadera democracia es aquélla en la que el Gobierno hace lo que el pueblo quiere y defiende un solo interés: el del pueblo.*

4) *... (no debe haber) más que una sola clase de hombres: los que trabajan.*

5) *... el trabajo es un derecho que crea la dignidad del hombre, y es un deber, porque es justo que cada uno produzca por lo menos lo que consume.*

6) *... para un argentino (no puede haber) nada mejor que otro argentino.*

9) *La política no es (...) un fin, sino sólo el medio para el bien de la Patria, que es la felicidad de sus hijos y la grandeza nacional.*

10) *Los dos brazos del justicialismo son la justicia social y la ayuda social.*

11) *El peronismo anhela la unidad nacional y no la lucha.*

12) *... los únicos privilegiados son los niños.*

14) *El justicialismo es una nueva filosofía de la vida, simple, práctica, popular, profundamente cristiana y profundamente humana.*

15) *... el justicialismo realiza el equilibrio del derecho del individuo con el de la comunidad.*

16) *... el justicialismo realiza la economía social, poniendo el capital al servicio de la economía y a ésta al servicio del bienestar social.*

17) *... el justicialismo realiza la justicia social, que da a cada persona su derecho en función social.*

18) *Queremos una Argentina socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana.*

Ahora expondré, sucintamente, algunos de los contenidos implicados en cada una de estas “Verdades” que he seleccionado.

1) *La verdadera democracia es aquélla en la que el Gobierno hace lo que el pueblo quiere y defiende un solo interés: el del pueblo.*

Este apotegma obliga a preguntarse qué o quién es el “pueblo”, concepto tan utilizado -muchas veces, abusivamente-, como equívoco e impreciso (y que hoy día se ha vuelto un tanto obsoleto).

Si se entiende por “pueblo” a las clases más necesitadas de la sociedad, no creo que el Gobierno siempre tenga que hacer lo que el pueblo quiere, ni defender sólo su interés, porque no siempre el pueblo, así concebido, quiere algo bueno para toda la sociedad, y porque no parece justo que el Gobierno defienda única y exclusivamente el interés de ese sector social (aunque sí está bien que lo defienda prioritariamente).

Si, en cambio, el “pueblo” somos todos los habitantes del país, la primera parte de esta consigna -*La verdadera democracia es aquella en la que el Gobierno hace lo que el pueblo quiere*- tampoco parece totalmente acertada, ya que también la población en su conjunto puede querer algo que no es bueno para sí o para el país (en el más que improbable caso de que todos, o una gran mayoría, estén de acuerdo en algún punto).

Pero sí sería correcta y valiosa la segunda parte -*La verdadera democracia es aquella en la que el Gobierno defiende un solo interés: el del pueblo*-, en tanto y en cuanto se interprete en el sentido de que todo Gobierno tiene el inexcusable deber de *promover el bienestar general* (o “bien común”), como lo dice expresamente el preámbulo de la Constitución Nacional y surge de los incisos 18 y 19 de su artículo 75; es decir, el bien material y espiritual de la sociedad en su conjunto y de todos sus integrantes. Dicho de otra manera, todo Gobierno argentino debe defender el interés de todos los argentinos (salvo, claro está, el de aquéllos cuyos intereses sean contrarios a los del país y de su gente).

4) ... (no debe haber) *más que una sola clase de hombres: los que trabajan.*  
5) ... *el trabajo es un derecho que crea la dignidad del hombre, y es un deber, porque es justo que cada uno produzca por lo menos lo que consume.*

Respecto del primero de estos principios -(no debe haber) *más que una sola clase de hombres: los que trabajan*-, diré que parece dirigirse a minimizar la división de la sociedad en clases sociales y económicas, lo cual está muy bien.

Es verdad que la existencia de esas clases es algo que parece inevitable, básicamente por la actividad laboral de cada uno. Por tanto, a lo que debe tenderse

no es a una sociedad sin clases -como propiciaba el marxismo-, que parece ser irrealizable, sino a que las diferencias sociales, culturales y económicas entre las clases y las personas sean mínimas (lo que no es imposible, toda vez que ha sido logrado en buena medida por los países escandinavos, entre otros).

Por otra parte, una igualación absoluta de las clases y de los individuos, como la del comunismo, implicaría dejar de lado los méritos personales. En consecuencia, debe haber, eso sí, igualdad de oportunidades -es decir, que todos nazcan con la misma posibilidad de trabajar, educarse, crecer y desarrollarse económica y espiritualmente-, pero, a partir de ella, no sería justo que se equiparara al trabajador con el holgazán, al indolente con el emprendedor, al virtuoso con el vicioso, etcétera.

En cuanto a la segunda “Verdad” -*el trabajo es un derecho que crea la dignidad del hombre, y es un deber, porque es justo que cada uno produzca por lo menos lo que consume*-, cabe separarla en dos partes:

Estimo que la primera -*el trabajo es un derecho que crea la dignidad del hombre*- implica el incuestionable derecho de cada individuo a trabajar para su sustento económico y para su realización personal, lo que obliga al Estado a crear las condiciones económicas que conduzcan a la generación de empleo y, más aún, al pleno empleo (algo que estuvo muy cerca de obtenerse en el primer gobierno de Perón); y no cualquier empleo, sino formal, “en blanco”, digno y bien remunerado.

La segunda parte -*el trabajo es un deber, porque es justo que cada uno produzca por lo menos lo que consume*- alude, correctamente, a la obligación de cada uno de aportar su cuota de esfuerzo en beneficio de la comunidad.

6) ... *para un argentino (no puede haber) nada mejor que otro argentino. 11)*  
*El peronismo anhela la unidad nacional y no la lucha.*

Con el primero de estos postulados se superaba, al menos en la teoría, el sectario *Para un peronista no hay nada mejor que otro peronista*, y se apuntaba, como lo expresa la segunda de las “Verdades” aquí recordada, a la unidad nacional, basada en el sentimiento y la convicción de pertenecer a una misma sociedad y a una misma nación (aunque, lamentablemente, Perón, al menos en sus dos primeros mandatos, hizo exactamente lo contrario).

*9) La política no es (...) un fin, sino sólo el medio para el bien de la Patria, que es la felicidad de sus hijos y la grandeza nacional.*

Interpreto que con este enunciado se quiso expresar, acertadamente, que la política no debe ser un medio de enriquecimiento, de corrupción y/o de ambición personales (como lo ha sido casi siempre en nuestro país), sino un servicio. Esto es, una actividad generosa y patriótica de hombres y mujeres que se dedican a ella para trabajar por el bien de su país y de sus compatriotas o, como bien se expone en este principio, por “la felicidad” de los argentinos y “la grandeza” de la Patria.

Y aquí cabe remitirse, una vez más, a los países escandinavos, cuyos funcionarios no son ricos ni corruptos, viven en modestos departamentos y van a trabajar en bicicleta.

*10) Los dos brazos del justicialismo son la justicia social y la ayuda social.*

Toda vez que la instauración de una justicia social plena sería, en la Argentina, un larguísimo y muy difícil proceso, está muy bien que, entretanto, en un país plagado de pobreza, hambre y miseria, sea prioritario, indispensable, urgente e impostergable acudir al rescate de los más necesitados, porque el hambre y la desnutrición, especialmente de los niños, no puede esperar.

*12) ... los únicos privilegiados son los niños.*

Con este dicho se rechaza que haya privilegios injustos e infundados, y se proclama que se privilegiará solamente a los niños, especialmente a los más pobres, que no pueden tener culpa de nada y son el futuro del país.

*15) ... el justicialismo realiza el equilibrio del derecho del individuo con el de la comunidad. 16) ... el justicialismo realiza la economía social, poniendo el capital al servicio de la economía y a ésta al servicio del bienestar social. 17) ... el justicialismo realiza la justicia social, que da a cada persona su derecho en función social.*

La primera de estas “Verdades” -*el justicialismo realiza el equilibrio del derecho del individuo con el de la comunidad*- es el núcleo de la llamada “Tercera Posición Ideológica” del peronismo, que no importa solamente una postura internacional de independencia respecto de los imperialismos enfrentados de la época -el esta-



dounidense y el soviético-, sino, también, y fundamentalmente, una teoría que rechaza tanto al liberalismo como al comunismo.

Supone, en consecuencia, la adopción de una filosofía política, social y económica alternativa a esos dos extremos; esto es, tanto al liberalismo individualista y egoísta -en el cual el interés individual predomina sobre el social, los más poderosos explotan a los más débiles y el Estado disminuye al máximo su intervención en la economía y en la sociedad (el famoso *laissez faire, laissez passer, dejar hacer, dejar pasar*)-, como al colectivismo totalitario del comunismo marxista-leninista, sistema en el que un Estado omnipotente y omnipresente priva a la persona de libertad, de derechos, de propiedad y de iniciativa económica (o, como decía Perón, lo “insectifica”), en nombre de un interés de la comunidad al que se le otorga un rango superior en forma absoluta y extrema.

Esto no significa, por cierto, desconocer que el liberalismo político -que, asociado a la democracia y a la república, surgió a fines del siglo XVIII en Europa como reacción y doctrina progresista contra el absolutismo monárquico- aportó instituciones hoy día indiscutibles, tales como el sufragio universal, la división de los Poderes del Estado, las libertades y garantías individuales, etcétera, sino quitarle sus elementos sociales y económicos más negativos, cuales son la indiferencia y pasividad del Estado ante las injusticias sociales (pobreza, desigualdad, explotación de los trabajadores, etcétera) y su nula o mínima injerencia en la economía, lo que trae aparejado que las relaciones económicas queden libradas al mercado, y que, mientras los poderosos y los ricos acumulan más poder y más riquezas, los pobres sólo tengan la libertad de morir de hambre.

En cuanto al comunismo totalitario marxista-leninista, si bien los análisis de Marx sobre la historia de las relaciones económicas y la explotación de los proletarios merecen la mayor consideración y respeto intelectual, sus tesis y propuestas también incluyen ideas tales como que el fin último del régimen que auspicia es llegar a la sociedad sin clases previo paso por la dictadura del proletariado, una fabulación impropia del profundo estudio histórico y económico que la precede. Y, en cuanto a su concreción en la realidad, particularmente en el caso de la ex Unión Soviética, eran inaceptables cuestiones como la restricción a ultranza de los derechos y libertades individuales, la tiranía del Estado y de su burocracia, el partido único, la abolición de la propiedad privada, etcétera (y ni hablar de los crímenes perpetrados

por Stalin), sin que nada de ello importara una mejora sustancial de la calidad de vida de las clases más bajas y de los obreros.

Pues bien, la Tercera Posición peronista propicia el término medio entre esos dos extremos -aquel en el cual, según Aristóteles, radica la virtud-; es decir, el equilibrio y la armonía entre los derechos y las libertades de cada individuo y las restricciones a esos derechos y a esas libertades que necesariamente implica el bien común o bienestar general. Por ende, ninguna de las dos cosas debe ser absoluta. Así, los derechos y las libertades de cada persona deben tener un límite en los intereses y las necesidades de la sociedad (y en los derechos y libertades de los demás individuos). A su vez, la promoción por parte del Estado del bien común o bienestar general no debe ser de tal magnitud que elimine o sofoque por completo los derechos y las libertades individuales. *Todo en su medida y armoniosamente*, como decía Perón parafraseando a los antiguos griegos.

Se trata, pues, de que cada persona ejerza sus derechos y libertades y, al mismo tiempo, cumpla con sus obligaciones para con la comunidad. A esto apuntaría, al parecer, la tercera de las “Veinte Verdades” citadas en este apartado, según la cual la justicia social que propicia el justicialismo consiste en dar a cada persona su derecho en función social.

Podría decirse, entonces, que estamos hablando de una democracia social; es decir, de un sistema en el cual los derechos sociales no perturben los individuales ni a la inversa, y el Estado se ocupe tanto del bienestar material y espiritual de la comunidad en su conjunto como de proteger y preservar las libertades, derechos y garantías de cada uno de sus integrantes. Esto, que parece una utopía, ha sido logrado por los países escandinavos, en los que hay socialismo y libertad.

En este orden de ideas, cabe recordar al filósofo inglés Jeremy Bentham (1748-1832), quien decía, con extraordinaria sencillez y síntesis, que el objetivo de un Estado debe ser lograr el mayor bienestar posible para el mayor número posible de personas.

La segunda de las “Verdades” transcritas en este acápite habla de la “economía social”, a la que caracteriza como aquella en la que el capital está al servicio de la economía, y ésta, al servicio del bienestar social. Ello implica que, desde el punto de vista económico, se opta por el capitalismo, lo que resulta perfectamente lógico, toda vez que la Tercera Posición conlleva el rechazo de los regímenes no

capitalistas (léase, comunistas). Al respecto, se me ocurre que así como la democracia, con todas sus taras e imperfecciones, es el régimen político menos malo, lo mismo ocurre con el capitalismo en el ámbito de la economía política.

Desde luego, no se trata del capitalismo explotador que ha acompañado históricamente al liberalismo del *laissez faire, laissez passer*, sino de un capitalismo humanizado, en el que la propiedad privada tenga una función social y el Estado intervenga en la economía para defender el interés nacional, aminorar las desigualdades sociales y económicas y evitar la concentración excesiva del capital en pocas manos y el consecuente poder desmesurado de los grandes grupos económicos.

Sería, entonces, un capitalismo en el que el capital y el trabajo se mancomunেন de modo tal que el capitalista provea el capital y la organización empresarial, y obtenga por ello una ganancia justa y proporcionada, y los empleados gocen de condiciones dignas de trabajo, buenos sueldos y todos los demás derechos laborales, de suerte que ambos, el capital y el trabajo, contribuyan juntos al desarrollo y a la prosperidad del país.

*18) Queremos una Argentina socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana.*

En esta “Verdad” aparecen las ya mencionadas “tres banderas” del justicialismo: la soberanía política, la independencia económica y la justicia social.

Si bien ya he hablado de la justicia social, añadiré ahora que se trata de que no haya pobreza, ni exclusión, ni marginalidad, ni desigualdad de oportunidades, y de que cada uno reciba lo que le corresponde por su función en la sociedad.

En cuanto a la soberanía política, implica que cada país tome sus decisiones con total libertad e independencia de poderes externos. Un excelente ejemplo de esto fue la notable decisión de Néstor Kirchner de pagarle lo adeudado al Fondo Monetario Internacional y, así, terminar con las auditorias de ese organismo sobre la economía argentina y los consecuentes planes de ajuste que nos imponía desde hacía décadas, algo desde todo punto de vista inadmisibile para cualquier país que se precie de ser soberano.

Respecto de la independencia económica, diré que es un concepto estrechamente vinculado al anterior, en tanto conlleva no tolerar injerencia foránea alguna en la fijación de una política económica nacional, es decir, beneficiosa para el país y su

gente. Por ende, supone que, sobre la base de ese criterio, el país actúe con libertad de decisión y de acción sobre temas económicos fundamentales, tales como qué se va a producir, para qué, cuánto y cómo, qué se va a comercializar, cuánto y con quién, qué se importará y qué se exportará, qué obras de infraestructura deben realizarse y quién debe realizarlas, quién dispone del crédito y cómo lo maneja, qué debe hacerse con la deuda externa, en qué condiciones se pactarán las inversiones de capital (especialmente, las extranjeras), cómo se regulará la actividad bancaria y financiera, qué criterio se tendrá respecto de las reservas de divisas, cuál es el régimen tributario más justo y conveniente, qué se nacionalizará y qué se privatizará, etcétera. Todo ello sin perjuicio de un cierto grado inevitable de interdependencia económica entre la mayoría de los países del mundo.

Tratándose de las inversiones de capital extranjeras o multinacionales, no son opuestas *per se* a la soberanía política y la independencia económica, pero siempre y cuando en los convenios respectivos se les conceda a esos capitales una rentabilidad justa y razonable sin afectar ni un ápice el interés nacional.

*La “doctrina” del sentido común, la sensibilidad social, el patriotismo, la honradez y la eficiencia*

Los ideales de la doctrina peronista requieren de largos tiempos históricos para hacerse realidad. Pueden quedar como metas a las cuales aspirar, pero, en los tristes tiempos que corren en nuestro país, creo que en lo inmediato tal vez no haga falta una doctrina o una ideología política, sino que podría bastar, al menos temporariamente, con la “doctrina” del sentido común, la sensibilidad social, el patriotismo, la honradez y la eficiencia. Un Gobierno que tuviera estos atributos produciría en la Argentina toda una revolución.

Pues bien, sobre la base del sentido común, la sensibilidad social y el patriotismo, cabe hacerse las siguientes preguntas y darles las siguientes respuestas:

-¿Acaso es bueno que haya pobreza? Obviamente, no. Pues, entonces, hay que hacer todo lo humanamente posible para erradicarla.

-¿Está bien que haya inflación? Desde luego que no. Consecuentemente, hay que combatirla.

-¿Debe haber corrupción? Por supuesto que no. Por ende, es menester desterrarla o disminuirla a su mínima expresión.

-¿Queremos que existan el narcotráfico y la drogadicción? Es evidente que no. Por tanto, se impone luchar férrea e incansablemente contra ellos.

-¿Conviene que nuestra educación sea pésima? Sin duda, no, de ninguna manera. Hay que cambiarla radicalmente.

-¿Es correcto que haya una gran diferencia de riqueza y cultura entre la Ciudad de Buenos Aires y las provincias? No; de consiguiente, hay que achicar esa brecha, que existe desde antes de 1810.

-¿Nos es indiferente que exista un alto grado de delincuencia? Claro que no. Ergo, hay que combatirla sin cuartel.

-¿Es bueno que tanto los Gobiernos como la gente incumplan la Constitución Nacional y las leyes? Absolutamente, no. En consecuencia, eso debe dejar de ocurrir lo antes posible.

-¿Están bien el desorden, el caos, la violencia, los cortes que impiden el libre tránsito, etcétera? Por cierto que no, de lo que se sigue que hay que terminar ya con estas patologías sociales.

-¿Debe siempre defenderse la soberanía y el interés nacionales? Es obvio que sí.

Siendo éstas las preguntas y las respuestas que indican el sentido común, la sensibilidad social y el patriotismo, las acciones tendientes a remediar estos problemas centrales del país deben encararse con honradez y eficiencia. Además, todo esto debe plantearse como política de Estado, que, como tal, debe ser objeto de un acuerdo entre todas las fuerzas políticas, sociales, económicas y espirituales de buena voluntad, y luego ser mantenida por todos los Gobiernos, sea cual fuere su pertenencia partidaria.

Cuáles son los medios y las medidas que deben emplearse y adoptarse para obtener estos fines, ya es otro tema, que, por un lado, excede este trabajo y, por el otro, supera mis conocimientos y mis capacidades. No obstante, me animaré a sugerir las siguientes ideas básicas y elementales:

-El combate contra la pobreza implica una revolución educativa y la creación de empleo privado formal, digno y bien remunerado. ¿Cómo se crea empleo? Francamente, no lo sé. Lo que sí sé es que es un proceso que lleva mucho tiempo, razón

por la cual, en la situación actual, deben comenzarse ya mismo, sin pérdida de tiempo, las acciones que sean necesarias para terminar con el hambre, la desnutrición, la miseria, las enfermedades de la pobreza, etcétera. En tal sentido, se me ocurre que podría declararse por ley del Congreso de la Nación una emergencia social que incluya, por lo menos, lo siguiente: la aplicación inmediata de un plan de alimentación y de nutrición para todos los argentinos que padecen hambre, especialmente los niños; un plan de viviendas dignas para quienes viven en condiciones infrahumanas; un plan de obras que permitan a los más pobres tener cloacas, gas, electricidad, agua potable, etcétera.

-La lucha contra la inflación también requiere de un plan, en lo posible consensuado con la oposición y elaborado por los mejores economistas, pertenezcan o no al partido gobernante, para eliminarla o, al menos, bajarla a menos de dos dígitos anuales (como ocurre en casi todos los países del mundo, incluso nuestros vecinos sudamericanos).

-La corrupción debe ser prevenida mediante la educación y penada gravemente, para lo cual debe contarse con leyes penales específicas y una Justicia rápida, independiente, eficiente y apolítica.

-En cuanto a la educación, ya he hablado de la necesidad de una verdadera revolución educativa y he apuntado algunos de los contenidos que creo debe tener. Es primordial llevar a cabo esa revolución, hasta llegar a una educación de excelencia para todos los argentinos.

-La delincuencia debe ser combatida por todos los medios legales disponibles y desde varios frentes simultáneos: mejorando la educación, reduciendo la pobreza, luchando contra la droga, reformando las Fuerzas de Seguridad y la Justicia, construyendo nuevas cárceles y mejorando las existentes, cambiando las absurdas leyes penales actuales, terminando con el "garantismo", etcétera. Digo que las leyes penales vigentes son absurdas, porque, entre otras cosas, contradicen las matemáticas: la prisión perpetua sólo existe en el papel (y en el caso excepcional de Robledo Puch), veinticinco años es igual a diez, diez es igual a cuatro, y cuatro es igual a cero. De otro lado, que los menores de dieciséis años sean inimputables es ridículo y criminal. En suma, la legislación penal debe estar a favor de las víctimas y no de los delincuentes.

-Por último, el desorden, el caos y la violencia deben ser reprimidos, como deben serlo los cortes de calles, puentes, rutas, vías férreas, etcétera, por la sencilla razón de que ¡son delitos!

Sin duda, la clave última de la solución de todas estas anomalías argentinas es la educación. Con una buena educación, habrá menos pobreza. Con una buena educación, habrá menos corrupción. Con una buena educación, habrá más posibilidades de conseguir trabajo. Con una buena educación, habrá menos narcotráfico y drogadicción. Con una buena educación, habrá menos delincuencia. Con una buena educación, la gente cumplirá más con la Constitución y las leyes. Con una buena educación, la sociedad será menos violenta. Con una buena educación quizá pueda lograrse que la gente tenga virtudes morales como la bondad, la solidaridad, la rectitud, la decencia, la nobleza, la honradez, la laboriosidad, el respeto, la compasión, el amor a la Patria y a sus semejantes, el cumplimiento de las leyes, etcétera. Quizás así tendríamos una sociedad más justa, igualitaria y humana.

**Martín López Olaciregui**